



UNIVERSIDAD  
**NACIONAL**  
DE COLOMBIA

# **En nombre del Padre**

**Pablo Enrique Triana Ballesteros**

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes

Bogotá, Colombia

2021



# **En nombre del Padre**

**Pablo Enrique Triana Ballesteros**

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:

**Magister en Escrituras Creativas**

Director:

Alejandra Jaramillo

Línea de Investigación:

Narrativa

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes

Bogotá, Colombia

2021



*"Us and them and after all we're only ordinary men",  
Pink Floyd*

*A mi madre, Gloria Ballesteros Rodríguez.  
Gracias por trabajar para que yo pudiera escribir.*



## Declaración de obra original

Yo declaro lo siguiente:

He leído el Acuerdo 035 de 2003 del Consejo Académico de la Universidad Nacional. «Reglamento sobre propiedad intelectual» y la Normatividad Nacional relacionada al respeto de los derechos de autor. Esta disertación representa mi trabajo original, excepto donde he reconocido las ideas, las palabras, o materiales de otros autores.

Cuando se han presentado ideas o palabras de otros autores en esta disertación, he realizado su respectivo reconocimiento aplicando correctamente los esquemas de citas y referencias bibliográficas en el estilo requerido.

He obtenido el permiso del autor o editor para incluir cualquier material con derechos de autor (por ejemplo, tablas, figuras, instrumentos de encuesta o grandes porciones de texto).

Por último, he sometido esta disertación a la herramienta de integridad académica, definida por la universidad.



---

Pablo Enrique Triana Ballesteros.

Fecha 1/01/2022

## **Agradecimientos**

Quiero dar un agradecimiento especial a mi mamá quién sacrificó gran parte de su vida para que yo pudiera ser todo lo que soy y sin quien nada de lo que soy, sería. A Mari, quien me cubrió con el calor de su amor durante todas estas madrugadas de traspasnocho y de frío. A mis amigues y hermanes que nunca dejaron de preguntarme cómo iba con la tesis a lo largo de estos años. A mi directora, Alejandra Jaramillo por todo su conocimiento, guía y acompañamiento para enseñarme a trasegar de una mejor manera los senderos de la creación literaria. Y a todas las mujeres y personas diversas que han tenido que soportar la inmensa mierda que es el patriarcado, por siglos.



## Resumen

### En nombre del Padre

En nombre del Padre es un libro de 6 cuentos (inicialmente) que tiene como eje común la exploración de diversos traumas y complejos en cada uno de sus relatos para configurar un retrato variopinto, dialéctico y plural del patriarcado y sus distintos matices y efectos.

**Palabras clave:** Cuentos, traumas, complejos, patriarcado.

# **Abstract**

## **In the name of the Father**

In the name of the Father is a book of 6 stories (initially) whose common axis is the exploration of various traumas and complexes in each of its stories to configure a diverse, dialectical and plural portrait of patriarchy and its different nuances and effects.

**Keywords:** stories, traumas, complexes, patriarchy.

# Contenido

<b>Introducción</b> .....	<b>13</b>
El sombrero olvidado.....	14
Escila en El Charco .....	21
Contrapaso.....	31
La mujer de mi hermano .....	43
Donde habita el otro .....	54
La mosca.....	56
<b>Bibliografía</b> .....	<b>58</b>



# Introducción

En nombre del Padre es un libro de 6 cuentos (inicialmente) que tiene como eje común la exploración de diversos traumas y complejos en cada uno de sus relatos para configurar un retrato variopinto, dialéctico y plural del patriarcado y sus distintos matices y efectos.

Con este libro se busca simplemente construir y recrear una serie de situaciones de la manera más honesta posible, pero no por ello, alejadas de la libertad creativa que provee la ficción para dar cuenta de la realidad, sin olvidar jamás que “la realidad” es el más grande relato de ficción.

Asimismo, si bien, la unidad temática de este conjunto de relatos es la construcción de un paisaje compuesto por viñetas que muestra lo nefasto y perverso que puede llegar a ser el machismo, la escritura del mismo procurará rigurosamente estar libre de cualquier tipo de juicio moral –dejándole, o no, esta labor al lector –para más bien concentrarse en la cimentación de historias fluidas, entretenidas de leer, con un amplio capital simbólico que nutra y enriquezca su mundo interno, con una elevada atención en los detalles que estructuren la verosimilitud de cada uno de los cuentos, dentro de su propio universo ficcional propuesto, claro está.

En este sentido, los primeros 4 relatos que componen las primeras 40 páginas de este libro son: Contrapaso, La mujer de mi hermano, El sombrero olvidado y Escila en el charco. Los cuales entraré a presentar a continuación a través de una breve reseña de cada uno.

Contrapaso es la historia de Macarena una mujer trans que un día recibe la llamada de un comandante de policía para decirle que su padre –a quién no ha visto sino una vez en su vida y hace 20 años –se encuentra detenido en un puesto de frontera tras la misteriosa aparición de un descuartizado dentro de un morral en una zanja, misterio en el que, ahora, ella también podría verse implicada. Es por esto que debe hacer maletas y reencontrarse, en contra de su voluntad, con un padre ausente del que no guarda los mejores recuerdos para desentrañar el caso ante la incompetencia de la policía de quienes, además, debe soportar insultos y agresiones.

La mujer de mi hermano, por su parte, es la historia de un hombre que busca aconsejar lo mejor posible a su hermano menor con respecto a su relación sentimental con una chica. El problema es que lo hace desde su posición de macho alfa con todos los prejuicios y manías que esto puede implicar, sin ser consciente de ello, por supuesto, sino estando firmemente convencido de que simplemente, así son las cosas. Esto conduce a los dos hermanos a subestimar a una mujer a la que tal vez no deberían.

El sombrero olvidado es el tercer relato de este libro y se da a partir del encuentro casual de dos amigos de universidad en el que la mujer invita al hombre a ir a tomar una botella de Jack Daniels al apartamento de este. Pero el bourbon no será lo único que esta pareja de amigos consumirá en una psicodélica noche que revivirá los peores traumas y complejos de una mujer heroinómana atormentada por un oscuro pasado que pondrá en riesgo su presente ante la aparente mirada vigilante de su amigo preocupado por su bienestar, con un inesperado desenlace.

Y finalmente, Escila en el charco es el relato que cierra esta primera entrega del libro. Narra la historia de Cecilia quien resulta una adaptación contemporánea del mito griego de Escila y Glauco, en el que una mujer es víctima de la ira desbordada de otra conducida por los celos y la sed de venganza que le produce sentirse despreciada por el objeto de su deseo, un bailarín de striptease que trabaja en El Charco, un bar de mujeres en el que también labora la mesera y del cual es clienta la villana de esta historia.

## El sombrero olvidado

Una semana antes de que una bala atravesara su cráneo, la encontré caminando por la avenida.

–Espero que hoy no vayas a fingir que no me viste, como la última vez que te crucé por la calle –le dije a Sandra, luego de tomarla por el hombro.

–Yo no tengo porque fingir nada –repuso ella con la dulzura que siempre la caracterizó.

La rudeza en su respuesta no impidió que notara lo cautivante que lucía con aquel sombrero, un gardeliano, pero de ala mucho más corta, de color negro, atravesado por líneas blancas y ceñido por un cinto sedoso que resaltaba los mechones lilas y violetas del cabello de la bella y gótica Sandra. Ese mismo sombrero con el que la había visto un par de veces en el pasado y que siempre había despertado la misma fascinación en mí.

Le pregunté a qué se dedicaba por esos días. Me respondió que se encontraba trabajando en un ministerio que ya ni siquiera recuerdo.

Me costó mucho trabajo imaginar al prospecto de escritora más brillante que había conocido, siendo un ladrillo más en la pared.

–¿Qué, una de Jack? –me preguntó refiriéndose a si comprábamos una botella de bourbon para tomárnosla juntos en mi apartamento, como en los viejos tiempos.

Desde que me fui a vivir solo, Sandra y yo solíamos aprovechar la intimidad y libertad que mi apartamento nos brindaba –pocas veces me llevaba al suyo –para perdernos en una anestésica mezcla de licor y drogas.

Debo confesar que mi sitio, simplemente facilitaba las cosas, ya que dicho ritual de perdernos juntos en la ciudad para embriagarnos y drogarnos lo habíamos institucionalizado mucho tiempo antes de que yo me independizara.

Muchas veces terminábamos en algún motel de mala muerte en la Caracas, donde ella se chutaba y a mí se me pasaba la borrachera y la arrechera al ver las cucarachas caminando por la pared entre, lo que parecían manchas de humedad y hasta de orina. Sin mencionar los que no tenían puertas y dejaban ver todo tipo de cosas.

En una ocasión fuera de los habituales chirris con la aguja pegada al brazo y sin saber de quién eran hijos, vi una escena que preferiría nunca haber visto. Se trataba de un viejo como de unos 65 años con la cabeza de un niño como de unos 12 entre sus piernas. Tanto los ojos del niño como los del viejo se clavaron en los míos como dos puñales mientras pasaba por el pasillo cargando a Sandra, casi desmayada. Esa noche le dio por chutarse en el bar en el que estábamos y cuando los dueños del lugar la encontraron desmayada en el baño, llamaron a la policía. Menos mal alcancé a darme cuenta a tiempo o quién sabe qué le hubieran hecho esos cerdos a la pobre Sandra en alguno de sus CAI. A lo mejor y ni hubiera vuelto a aparecer. El caso, es que huyendo de los dueños del bar y de la policía, recordé uno de esos moteles en los que Sandra me había metido un día, luego de acompañarla a la L después de clases.

Son sitios por los que uno pasa todos los días y jamás imaginaría lo que albergan en su interior. La primera vez que entré, pensé en mi abuela y en todas aquellas veces que pasé de niño por ahí con ella en algún bus para acompañarla a reclamar sus medicinas al dispensario. Fachadas derruidas, edificios abandonados, ferreterías cerradas, eso parecían, cascarones rotos, calcáreos, sin nada en su interior. Si tan solo hubiera sabido.

Miles de abuelas y nietos siguen pasando en Transmilenio hoy por hoy frente a estas edificaciones sin saber o preguntarse siquiera lo que albergan sus interiores. Pero yo sí sé. Los huevos que empollan estas cáscaras rotas están podridos. No hay amarillo en su interior. Su yema es negra y fétida. Su clara es una nata rancia y coagulada en la cual flotan personajes como aquel viejo nauseabundo y el pobre niño sin alma que tenía que chupar esa mierda flácida y arrugada para sobrevivir, si es que a eso se le puede llamar vivir, mientras nos veían pasar a Sandra desgonzada en mis brazos y a mí; otro par de bacterias haciendo caldo de cultivo dentro de ese bello cascarón.

Lo peor de todo, es que aquella vez cuando el viejo me miró se sonrió con picardía, como alardeando de su hazaña frente a mí. Quise devolverme, entrar en aquella habitación sin puerta ni ventanas y tumbarle de un puñetazo los pocos dientes que le quedaban.

Pero ya tenía suficiente con ver que no le pasara nada a Sandra. O a mí. Desde que me llevo la primera vez a uno de esos sitios tuve la sensación de que no eran tan seguros como Sandra decía. “Fresco, aquí me conocen”, decía al verme la cara. No sé qué

semblante habré puesto. Solo recuerdo lo mucho que me esforcé porque no se me notara, especialmente cuando vi un cartel pegado en una de las paredes de los largos y angostos corredores que decía algo así como, “jueves: show con gallinas”.

Nunca le pregunté a Sandra qué putas era aquello, ni quise pensar más en ello. Solo sabía que al interior de esas paredes, cualquier cosa podía pasar. Así que en aquella ocasión, ignoré al viejo con el niño entre las piernas y me preocupé por conseguir una colchoneta que no oliera mucho a orina para poder acostar a Sandra y cuidarla mientras volvía en sí.

Las pocas veces que fuimos al apartamento de ella, –quien por cierto también vivía sola, pues sus papás estaban en Pereira, su ciudad natal y le pagaban el arriendo, mientras ella estudiaba en una universidad de la capital –se le notaba muy distinta, casi nunca se drogaba, al menos no con heroína, y me atendía como si jugara a ser la mejor anfitriona del planeta.

–¿Quiere un vino? ¿Una pola? ¿Un coctel?

–Tranqui, gracias. Una pola está bien

–No en serio, si quieres un coctel te lo preparo con mucho gusto –hasta comenzaba a tutearme como nunca lo hacía en ningún otro espacio. Me desconcertaba.

Lo peor, es que yo terminaba sin saber si era juego o si, en realidad ella era así. Parecía dos personas completamente distintas. Luego me daría cuenta de que no solo podía parecer tan solo dos.

En una ocasión, se sentó en el sofá, bien pegada a mí, se acercó mientras me preguntaba si me imaginaba su apartamento así, casi susurrando, rodeó mi cuello con su brazo como si me fuera a besar, al punto que, sorprendido, cerré los ojos y estiré mis labios.

Cuando los volví abrir, me di cuenta de que tan solo estaba alcanzando una copa en la mesa que estaba justo detrás de mí, al lado del sofá. Me sentí como un imbécil. Quería que el apartamento se cayera a pedazos en ese momento y una biga aplastara mi cabeza. Si había alguien ante quien me interesaba parecer inteligente o al menos, no un tonto, era ante ella.

El caso es que, desde aquella vez que me entusiasmé con su inusitada amabilidad hacia mí, Sandra me dejó claro que solo le interesaba mi amistad.

–No es que no me gustes –seguía tuteándome, lo cual en ese punto no sabía si era un síntoma de cariño o de lástima.

–¿Ah no?

–Usted es muy guapo y lo sabe –volvió a recogerse sobre el sofá.

–¿Entonces?

–Usted sabe.

–Ah, claro.

En realidad, no tenía ni puta idea. Sin embargo, comencé a pensar que en la universidad siempre la veía rodeada de viejas y con los manes solía mantener una actitud distante, casi hostil, podría decirse. Sin embargo, no me atreví a preguntar. Supuse que ella me lo



diría cuando le naciera hacerlo. Además, ya había hecho el ridículo bastante por ese día, como para cometer otra burrada en menos de lo que ella comenzara a tutearme de nuevo.

Me gustaba. Me gustaba que me tuteara. Era como esa caricia que nuestra falta de contacto físico nunca permitió. A Sandra no le gustaba que la tocaran, al menos no los hombres. Eso sí se lo pregunté la primera vez que me repelió como a una mosca gorda y fétida; como esas que vuelan sobre los muertos.

–¡Perdóname! ¿Te ofendí? Fue solo un abrazo, así saludo a todas mis amigas, te lo juro.

–Sí, yo sé. Fresco. No es usted. Soy yo. No me gusta que me toquen.

–¿Por qué? –no sé si fue por el sopor de la reacción aún latente en la vergüenza de mis mejillas o por qué, pero me salió instantánea esa pregunta, como una navaja retráctil de esas de pandillero gringo en video de Michael Jackson.

–Porque un tío me violó cuando niña –. Fue la primera vez que me escupió semejante anécdota de la infancia y me dejó frío como pie de muerto, a mí y a todos los que estábamos ahí en las escaleras de la universidad esperando entrar a nuestra segunda o tercera clase del primer semestre.

## II.

Sin más preámbulos, hicimos caso a las advertencias del cielo gris que se ceñía sobre nosotros y nos apresuramos a comprar el licor antes de que comenzara a llover. La mayoría del dinero lo puso Sandra. Esa tarde me encontraba un poco quebrado. Ella era esa clase de mujer.

Una vez llegamos a mi apartamento, Sandra se quitó su sombrero, lo dejó sobre el escritorio en mi estudio. La luz hacía que el negro profundo del que estaba hecho se viera como el violeta oscuro que adorna los ataúdes por dentro.

Sin mucha dilación, Sandra destapó al invitado de honor de aquella noche y para cuando nos dimos cuenta, ya casi habíamos desangrado por completo al pobre Jack.

Sandra me leyó un texto que había escrito sobre su lamentable y triste entorno laboral. Al escuchar todas las sarcásticas descripciones y apreciaciones que ella realizaba de cada uno de sus compañeros de trabajo, estábamos casi a punto de

reventar de la risa. No faltó el sapo lambón de toda oficina, el detestable jefe que se luce con el trabajo ajeno y, claro, todos los *working class heroes* que quieren llegar a la cima mientras sonrían al apuñalarte por la espalda.

Ella aprovechó aquel escrito para verter en mis oídos de manera catártica todo el dolor y asco que le producía formar parte de lo que tanto detestaba. Nunca antes se había abierto de esa forma conmigo. Por lo general me leía algo, casi siempre por petición mía, pero esta vez hubo algo diferente. Empezando porque fue ella quien preguntó si quería escuchar lo último que había escrito.

Por mi parte, dediqué casi la totalidad del tiempo a escucharla, pero de vez en cuando le contaba anécdotas de mi trabajo, así la ponía al tanto sobre lo que ocurría en mi vida. La vida que se reduce a un horario de 8 a 5 con la ilusión de poder volver a casa para escribir algo que valga la pena. Tu pasión. Solo que no llegas a escribir nada. Al menos nada que valga la pena. Pero, Sandra, de alguna forma, siempre lo conseguía.

Irónicamente, en esa época yo andaba en un tórrido romance con la cocaína. Digo "irónicamente", porque las únicas veces que la había consumido hasta ese entonces, había sido con ella y lo había hecho para persuadirla de dejarla, intentando disimular el morrongo religioso que soy, según ella.

Aunque sabía que lo decía en broma, como suelen molestarse los mejores amigos, no me gustaba que lo hiciera, ¿acaso no se daba cuenta de que un "morrongo religioso" jamás bebería todo lo que ella y yo solíamos beber ni mucho menos hablaría de Heidegger, Nietzsche o Schweblin como ella y yo tanto lo hacíamos? *Es cierto que el bambú de tanto ceder se puede romper. Pero si ha de suceder, mejor que sea por su esencial flexibilidad y no por la rigidez de su negación*, diría ella las pocas veces que le pedí dejar de hacerlo, sea lo que sea que eso significara.

Como sea, el extinto Jack, junto con otros tragos que tenía en mi apartamento, yacía en lo más profundo de nuestros hígados, entonces aproveché que por primera vez tenía coca en mi poder y le pregunté a Sandra si le apetecía un poco.

Eran aproximadamente las tres y media de la mañana, Sandra ya iba por su segunda chutada de heroína diaria, razón por la cual también le ofrecí la nieve, pues en nuestras anteriores salidas la había visto consumirla luego de haberse inyectado y eso la despertaba.

La verdad es que me deprimía mucho verla bajo la influencia de la heroína, tanto que hasta prefería darle otra droga... Además, tenía la esperanza de que si, a lo mejor me veía como uno de los suyos, poco a poco comenzaría a bajar la guardia y quién sabe... Tal vez así, algún día le ayudaría a salir de ese hoyo negro en el que se encontraba prisionera. ¿Qué tal que con oración y perseverancia el Señor me utilizara para llevarla a la luz? Pobre. No se lo decía, pero oraba mucho por ella.

Cuando ella se inyectaba parecía un trozo de carne sin alma, un cuerpo vacío que se movía por inercia, mas no por voluntad. Siempre supe que mi personalidad inquisitiva algún día me impulsaría a probar las drogas, pero nunca lo hice hasta que tuve la certeza de que el Señor no me permitiría quedarme varado en ellas, así como también supe que

jamás me permitiría conocer el beso de la heroína ni del bazuco. *Todo me es lícito, mas no todo me conviene.*

En los momentos de flaqueza recordaba la frase que alguna vez vi en un documental o algo así: “una de cada cuatro personas que prueba la heroína, termina siendo adicta”.

Ya eran como las cinco y pico de la mañana y aún seguíamos hablando, recostados sobre mi cama, mirando hacia el techo de madera y ocasionalmente, el rostro del otro.

Nunca nos quedamos sin tema. A ambos nos encantaba la literatura, el cine, el rock, la filosofía y “ese tipo de cosas”.

Lo único que ponía fin a nuestras eternas conversaciones era, lo que en esa madrugada, también lo hizo: el estallido del orgasmo de la heroína en el interior de las venas de la flaquísima Sandra.

Nuestros abusados cuerpos pasaron la cuenta de cobro de aquella química noche y al fin caímos dormidos.

Entre el sueño, la borrachera y el viaje, comencé a sentir que Sandra frotaba su disecado, pero aún sexy trasero contra mi pelvis, al igual que sus pies contra los míos. Ella era el tipo de persona que disimulaba su enorme sensibilidad tras una coraza de frialdad y falsas historias que sólo ella sabía distinguir de las verdaderas.

Aparte de oír lo del abuso de su tío y que su mamá nunca le creyó. Sandra también daba a entender que era una suerte de anémona y que su reproducción, si alguna vez llegaba, sería por gemación, fisión o laceración pedal.

Una vez un tipo horrendo de un semestre más avanzado al nuestro le preguntó delante de todos si era lesbiana, luego de que ella se negara a aceptarle una cerveza en un bar que frecuentábamos a la salida de la U.

–El hecho de que no me gusten los precoces retrasados, por paradójico que pueda parecer, no significa que no me gusten los hombres –lo cual, debo confesar, no solo hirió al destinatario del insulto, sino que me hizo cuestionar de nuevo la razón de sus frecuentes rechazos. Me gustaba creer que era lesbiana. Pero como dije, con ella nunca podía saberse .

–Una perra frígida es lo que usted es.

–¿Ah sí? ¿Muy machito? –Sandra se paró delante del tipo y se desabotonó el jean mientras se le acercaba cada vez más desafiante, mirándolo como una pantera mira a un conejito antes de manchar sus colmillos con su sangre –hágale, meta la mano a ver. Lo veo. ¿No es eso lo que quiere?

El tipo se puso pálido, nos miró a todos desconcertado y luego salió del bar y nunca volvió a entrar ahí. Cuando Sandra se sentó, luego de abrocharse el pantalón le pregunté que si no le había dado miedo.

–¿Qué?

–Pues que te hubiera metido la mano.

- Ah, no. Sabía que no era capaz.
- ¿Cómo?
- Le daba miedo rasparse. ¿No lo oyó?
- ¿Qué?
- Pues que soy más frígida que una piedra.

Tampoco tuve las bolas de preguntarle si era cierto o solo una historia más. El caso es que por la teoría por la que yo más me inclinaba era por la del tío. No sé por qué, pero era la que daba por hecho. Si se piensa, resultaba muy creíble dicha historia, pues no sólo servía como explicación para el asunto del trauma con los hombres, sino que también justificaba en gran medida su adicción a las drogas y al alcohol. O quizá simplemente era la única vulnerabilidad que encontraba en la mujer más bella y poderosa que hubiera conocido jamás.

Pero con ella nunca podía saberse. Una vez, se quemó sus propios brazos con alguna clase de ácido, produciéndose unas terribles laceraciones que la deformaron de por vida. Al día siguiente, cuando le preguntaron por un trabajo, le dijo a una profesora que la habían asaltado y arrojado ácido a la cara, pero que ella se había protegido con sus brazos.

Lo curioso es que no sostuvo esa historia únicamente ante la funcionaria, sino que también nos dijo lo mismo a todos sus amigos, quienes después descubriríamos la verdad por otra amiga que la acompañaba aquella noche. Aunque ahora que lo pienso, esa amiga siempre, me pareció, le tuvo envidia a Sandra.

En fin... al sentir los eróticos y provocativos movimientos de la primera mujer a la que le hablé en la universidad, no supe qué hacer. Al principio me alejé y traté de ignorarlos, pero ella se acercó de nuevo insinuantemente.

No sabía si ella era consciente de lo que hacía o simplemente todo era una consecuencia de su ensoñación. Traté de ignorarla, pero ella insistía. Me arriesgué y comencé a acariciarla. No percibí ninguna reacción negativa. Decidí continuar.

Lentamente, mi mano fue volviéndose parte de ella. Después mi lengua se fundió con la suya. Su cuerpo parecía responder, pero sus ojos continuaban en trance. Inseguro y confundido, luego de haber hablado toda la madrugada sobre mi ex y mi actual novia, quien por cierto también era amiga de Sandra, me encontraba ahora de rodillas frente a ella, despojándola de sus pantalones.

Cuando ya estaba desabrochando mi cinturón, Sandra se paró, repitiendo “no, no, no”... Varias veces y en voz baja, aún bajo el efecto de la heroína, pensé. Sin embargo, cobró la conciencia suficiente para ponerse los pantalones de nuevo, incorporarse, agarrar sus cosas, salir de mi apartamento, tomar un taxi y dejarme petrificado sobre mi cama.

Cuando me levanté, me di cuenta de que Sandra había dejado su preciado sombrero en mi estudio y con él la culpa y la sensación de haberme aprovechado de una amiga inconsciente, vulnerable y que tal vez, sólo tal vez, veía algo diferente en mí a lo que tanto repudiaba.

Sentía que la había defraudado, que le había fallado y justo cuando más había confiado en mí. Me había convertido en un puerco más que fingía preocuparse por ella,

tan sólo para llegar hasta el fondo de sus pantalones. Un lascivo. Un fornicario. Me había convertido en el tío que la había violado cuando niña...

Al día siguiente la llamé para saber si había llegado bien a su casa y para confirmar que, en efecto, yo era un asco. Lo único que me dijo fue: "cuídeme mi sombrero", luego colgó el teléfono.

Pasaron ocho días, ya casi no me acordaba de todo esto, cuando el sábado por la mañana, el timbre del teléfono nos despertó a mi novia y a mí. Era una amiga en común, su quebrantada voz me anunciaba que Sandra había embarrado sus sesos en una pared de su alcoba, al dispararse en la cabeza.

El dolor me invadió, pero sobre todo, la rabia, rabia por tanto talento e inteligencia desperdiciados, por tanta belleza arruinada, por tanto amor jamás entregado. Pero la rabia y el dolor no vinieron solos. La duda y la culpa también se hicieron presentes.

¿Si no hubiera hecho lo que hice esa noche, Sandra igual se hubiera disparado?  
¿Tal vez, Sandra necesitaba un verdadero amigo que nada más la escuchara y no un cretino más que sólo tratara de comérsela?

Como sea, no comenté nada al respecto. Sólo recordé que antes de recibir aquella llamada, había estado muy preocupado porque mi novia podía enterarse de mi traición. Entonces recuperé la cordura, agradecí que dicho secreto muriera con la débil Sandra y comencé a ver todo con claridad, por el lado positivo, al menos tenía un hermoso sombrero negro para estrenar.

## **Escila en El Charco**

## I.

Las mesas escurrían el sudor helado de las botellas y copas, las piernas impacientes repetían tics nerviosos sin cesar, los tacones castañeaban contra el piso negro. Manotazos, gritos, jadeos que calentaban la, ya enrojecida atmósfera de El Charco. Todas clamaban por Gaucho.

—¡Salve dios marino! ¡Salve dios de los mares! ¡Trajino noche y día, para comer de tus manjares!—gritaba el coro enardecido de las mujeres que llenaban las mesas con sus botellas de Baileys y tequila, siguiendo las instrucciones del Dj que les decía que si querían que Gaucho saliera, debían gritar la consigna.

Las luces se apagaron al fin, y una histeria colectiva se desató. La máquina de humo llenó el ambiente. Los parlantes enmudecieron por unos segundos, un *strober* comenzó a relampaguear de a poco. Las mujeres gritaban en las mesas como muchas lo hicieron en los noventa al punto del desmayo en los conciertos de Michael Jackson. Otras guardaban silencio y le apretaban la mano a la amiga que tuvieran al lado, mientras se mordían el labio con los ojos bien abiertos. Nadie parpadeaba.

Entonces, un estallido de luz y de música corría el telón del humo ya disipado para que la figura de Gaucho apareciera en la cumbre de un trampolín de 10 metros, así como la escultura emerge del mármol.

—¡Vuestros ruegos, ante el Olimpo han sido oídos, rogar y rogar para ahora vuestras piernas mojar! —así presentaba el Dj a Gaucho, sin que este necesitara presentación alguna. Y sin hablar más, dejó que la voz de Dave Gahan llenara el lugar repitiendo una y otra vez *Wrong, Wrong, Wrong* acompasadamente mientras Gaucho permanecía inmóvil como una estatua en la cima del trampolín con su traje de marino y la mirada anclada en un punto de infinito, hasta que el cuarto *Wrong* de Gahan dio paso al estallido de la música que se conjugó con una explosión de luces y el ágil y repentino movimiento de Gaucho que se arrancaba el traje de marino de un tirón para ponerse a bailar sobre el trampolín al ritmo de Depeche antes de saltar a una piscina enorme que llenaba el centro del lugar y una de las razones por las cuales el sitio era reconocido de ese modo en toda la ciudad.

Algunas revolvían los cubos de hielo en sus copas con los mezcladores, otras apretaban el borde de sus sillas con sus uñas a punto de partirse sin que lo notaran, había quienes no podían cerrar la boca y, por supuesto, alguna que miraba inmóvil como un felino mira a su presa antes de la matanza...

Sea como sea e hicieran lo que hicieran, ninguna mujer podía apartar los ojos de los 1,90 que se movían sensual y cadenciosamente sobre aquel trampolín con sus piernas de futbolista, abdomen de lavadero, pectorales de roca y, cómo no, culo de torero; forrado apenas con la diminuta tela del *speedo* hecho a la medida para reverberar la sangre de las que lo miraban y, claramente, lo miraban, ¡vaya si lo miraban!

Ni al ahogado más hermoso del mundo lo hubieran mirado así. Hicieran lo que hicieran, trataran de contener la tensión mordiendo labios, limones, o pellizcando sillas, ninguna mujer podía parpadear mientras Gaucho bailaba sobre ese trampolín. ¡Todas morían por él! Todas excepto ella...

La única que su mirada buscaba desde esos casi doce metros de altura, mientras bailaba y se acariciaba todo eso que más de una hubiera dado lo que fuera por acariciar. Allá abajo, entre las mesas alrededor de El Charco, entre las mortales, caminaba lo único que la mirada de Gaucho perseguía, tras los oscuros lentes en los que se atrincheraba la saeta de sus ojos, se le veía a ella, indiferente, llevando tragos de aquí para allá y de allá para acá, sin que una sola vez alzara la mirada para ver al que todas devoraban con los colmillos de sus ojos.

Cecilia, era la única mesera mujer en El Charco. Nadie parecía notarlo, pues casi toda la clientela estaba compuesta por mujeres heterosexuales, pero la belleza de Cecilia era perfectamente equiparable con la de Gaucho. Sin embargo, por más que lo intentaba, Gaucho no conseguía que Cecilia se fijara en él como él quería. Es más, ni se fijaba.

Nadie sabía bien por qué Afrodita, la dueña de El Charco, había admitido a Cecilia en su negocio, pero se rumoraba que una noche mientras los demás empleados cerrábamos caja, Afrodita salió a fumar un cigarrillo y vio cómo otras como ella, correteaban a Cecilia para cortarle la cara con unas Minora.

Dicen que antes trabajaba en los callejones aledaños al bar del frente. Si hubiera nacido en Ámsterdam o Berlín, seguramente hubiera sido una *top model* de talla internacional, pero como tuvo la desgracia de nacer en este platanal, no le quedó otra que alquilar su cuerpo como al resto de las de su estirpe. “Ni siquiera puedo montarme en un Transmilenio, sin que algún huevón me joda la puta vida”, le escuchaba decir a diario. “La Atenas Latinoamericana”, decía mientras se reía con un sarcasmo amargo cuando terminaba temprano y venía a la barra para recibirme uno que otro trago.

“Tan evolucionaditos que nos creemos y ni sabemos qué putas es el emplazamiento. La vida de nosotras transcurre en una zona de la ciudad. Nos despertamos acá, nos alquilamos acá, comemos acá, soñamos acá, puteamos acá, y supuestamente eso es libertad de pensamiento, pero ahí donde se nos ocurra salir de acá, coger un puto bus para ir al médico o ir a tomarnos un café con algún amigo a otro punto de la ciudad donde los sacrosantos niños puedan vernos e incomodar a sus padres con preguntas sobre nosotras. Mal culiados, ese es el problema, vivimos en un mundo de mal culiados, políticos mal culiados, esposos mal culiados, amas de casa mal culiadas, profesores mal culiados, jefes mal culiados, curas mal culiados, ejecutivas mal culiadas y toda esa represión y frustración la vuelcan sobre nosotras, las únicas que creen bien culiadas y lo triste es que ni siquiera, también nosotras vivimos mal culiadas, por eso queremos desfigurar a la que creemos más linda o mejor culiada. Cuando en realidad sí vivimos culiadas, pero por una cantidad de reprimidos y frustrados precoces que no se aguantan las ganas de vaciar en nosotras lo que en sus esposas no pueden o la sociedad les prohíbe. Lo que hay que aguantar por un par de tetas”, solía decir mientras terminaba el Jack Daniels que tanto me encantaba servirle con tal de verla y oírla de cerca.

Lo decía como si con ese par de tetas que tanto anhelaba este platanal se fuera a convertir de un momento para otro en Ámsterdam o Berlín. Solía imaginar que algún cliente importante le había prometido la máxima dignidad a la que puede aspirar una mujer en este basurero, una carrera como modelo o algo así, otro tipo de prostitución, pero con más dignidad; eso sí, siempre y cuando luciera un buen par de tetas, lo único que le faltaba para ser perfecta según los refinados estándares de belleza de este muladar.

Como sea, la canción de Depeche Mode estaba casi a punto de acabar, como muchas en sus mesas, y el Adonis en el trampolín dio tres brinquitos en el filo de la tabla y con un triple salto mortal se clavó en las aguas de la piscina como casi todas hubieran querido que lo hiciera en las suyas, otra razón por la que el sitio era conocido por ese nombre.

Al salir de la pileta, el cuerpo musculoso de Gaucho brillaba como las escamas de un Tritón al sol de Eea. Comenzó a caminar entre las mesas bailando lenta y sensualmente *Change* de Deftones, mientras las comensales pasaban sus manos por su abdomen y su culo para luego depositar algún billete en su ajustado *speedo* con la esperanza de prolongar un poco más su presencia ante ellas y sus relamidos labios.

Pero Gaucho solo tenía ojos para la mesera que nadie más, a parte de él, parecía notar. Poco a poco se fue abriendo paso hacia ella con un lento y cadencioso movimiento de pelvis, mientras las gotas transparentes del agua con cloro resbalaban por los pliegues de su piel musculosa hasta llegar a los billetes que asomaban como flores de Lis germinando de su calzoncillo dorado.

Daba la apariencia de que nadie más parecía notarla, pero en el fondo creo que la miraban más que al mismísimo Gaucho. Siempre que se paraban al baño o a pedirme algo en la barra aprovechaban para escanearla de pies a cabeza por la espalda. Seguramente, para adivinar cuál era su secreto. Claro, todas lo hacían, pero siempre disimulaban. Por eso parecía invisible, aunque no lo era. La envidia es un escapulario que muchos cargan, pero que nadie quiere que se note.

Sin embargo, cuando el prohombre ya estaba a punto de llegar al destino en el que sus ojos se habían anclado desde el inicio de su presentación, una mujer se levantó de su silla y se interpuso en su trayectoria. Cuando Gaucho se quedó viéndola, ella se quitó los grandes y oscuros lentes que llevaba hasta el momento. El lugar enmudeció. El Dj, estupefacto, olvidó reproducir la siguiente pista, luego de que la que estaba sonando terminara. Y las demás personas, con la boca abierta no podían creer quién era esta que le cortaba el paso al codiciado stripper.

—Es ella...

—No, no puede ser...

—Claro que sí. ¡Mírala!

—Sí, sí... Es idéntica. ¿Pero que haría ella en un sitio como este? —murmuraba la gente en sus mesas, las unas con las otras.

Circenix, la diva, la actriz, la diosa. Nada más ni nada menos que ella era quien se interponía en el camino de Gaucho hacia Cecilia, cual esfinge de ojos celestes. La meretriz que había aprovechado las conexiones con su prestigiosa y poderosa clientela



que le había brindado todos los años dirigiendo el Oceánide que quedaba justo al frente de donde ahora se ubicaba El Charco. Nadie sabía muy bien su edad, pero dicen que Amparo Grisales aprendió todos sus trucos de ella, cuando Grisales apenas era una adolescente. Y aunque los abuelos afirman que la vieron actuar cuando era apenas una jovencita, al igual que los padres, lo cierto es que ahora no es que se viera muy mayor que digamos. Eso sí que era un truco digno de indagar, si tan solo alguien tuviera el coraje.

En parte, esa era una de las aristas del misterio que encarnaba esta mujer y que muchos decían, la había catapultado al éxito. Otros mantenían la teoría de que habían sido los contactos que logró como madame del célebre burdel, ya extinto, y que dicho prostíbulo lo había conseguido a su vez, tras lucrarse por años con la brujería. Muchos eran los rumores y pocas las certezas, lo cierto es que ahora era la mujer más poderosa y reconocida de la región. Luego de una larga y exitosa carrera como actriz, había dado el salto al senado y muchos decían que, en realidad, no había cambiado de carrera.

Como sea, era la mismísima Circe en persona, quien ahora se paraba ante Glauco mojado y lo miraba con ojos de esfinge desafiante. Paralizado, Glauco quitó los ojos por primera vez de Escila por un segundo en toda la noche y pareció de piedra ante la mirada de Circe.

Sin embargo, recobró la compostura rápidamente y le bailó como si ella fuera una columna de mármol y él un bailarín de *pole dance*. Al sentir la piel húmeda y firme del portento que bailaba casi sobre ella, Circe sintió un escalofrío que no sentía en años. La electricidad del trueno cabalgó por un segundo los corceles de su sangre y sus ojos se cerraron, mientras un profundo suspiro consumió su templado ser, al menos así se vio desde mi perspectiva, la más privilegiada del bar. Nada como ver los toros desde la seguridad de la barrera.

Entonces Gaucho, volvió a ubicar a Cecilia e intentó retomar el rumbo hacia ella. Pero antes, la mano de Circe asió su muñeca y lo retuvo por un segundo suficiente para acercarse y decirle, “espérame en tu camerino”.

Gaucho, sonrió, le susurró algo al oído y continuó su marcha. Cecilia con la cabeza baja (como casi siempre) eludía su embestida limpiando mesas en silencio perfecto (como siempre). Luego me enteraría de que lo que Gaucho le susurró en el oído a Circe fue un simple, “acá, no”.

## II.

A punto de finalizar su show, Gaucho al fin dio alcance a la escurridiza Cecilia en la última mesa del rincón cuando ella se apresuró con un trapero y un limpión a fregar el estrago que había causado uno de los meseros aturdido por el *strober*. Cuando Cecilia se percató corrió enseguida al cuarto de utilería y llegó en segundos a la mesa para auxiliar a su compañero antes de que Afrodita se diera cuenta. Se le acercó y con una sola mirada le dijo, fresco, vete, yo me encargo. Estaba en eso cuando algo la sorprendió por la espalda.

—Hoy no acepto un no —susurró en el oído de la joven mientras ondeaba su pelvis contra el rostro de una de las encantadas mujeres de esa mesa.

La música paró. Se dirigió al centro de la piscina. Dio una venia con una sonrisa que alumbró el sitio y se fue corriendo a su camerino en medio de la ovación extática de la audiencia.

Cuando llegó se secó y cambió rápidamente, guardó los billetes en un bolsillo de su chaqueta de jean, la tomó y salió disparado, para encontrarse de frente con una comitiva de avanzada del esquema de seguridad que se formaba en hilera a lo largo del pasillo y anunciaba el pronto arribo de la única clienta que podía tener un cuerpo de guardaespaldas tan robusto como ese.

Inmediatamente, dio la vuelta y salió corriendo hacia la salida de emergencia que quedaba en la parte de atrás del corredor. Apresurándose, salió a la calle y se ubicó cruzando en un punto estratégico que le otorgaba una vista privilegiada de la puerta principal de El Charco, para observar resguardado por las tinieblas a todas las personas que comenzaban a salir del lugar.

Encendió un cigarrillo y pacientemente esperó, hasta que la vio envuelta en su abrigo de imitación de piel. Como un rayo, cruzó nuevamente la calle y se paró a unos escasos centímetros atrás de la hermosa Cecilia que miraba desprevenida hacia las esquinas en búsqueda de un taxi.

—¿Esperas a alguien, guapa? —susurró al oído de Cecilia, quien se giró asustada.

—¡Ay! ¿Qué es lo que quiere?

—¿En serio tengo que decírtelo?

—Yo no soy lo que piensa.

—¿Lo dices por esto? —preguntó Gaucho agarrando a Cecilia por los huevos.

—¡Oiga! ¿Qué le pasa, imbécil! ¡No sea abusivo!

—Ay, no sea tan rogada... Que ya ve que a mí me gusta, si quiere también la dejo...

—¿Qué? ¿Quién le dijo a usted que a mí me gusta eso o que quiero? Más bien deje de joder y vaya para allá que como que lo están buscando, vea...

Gaucho, volteó a mirar hacia la puerta de El Charco a donde le apuntaban los labios de Cecilia y vio a Circenix mirándolos con cara de pocos amigos, rodeada de su esquema de seguridad pagado por el Estado.

Entre tanto, Cecilia aprovechó para parar un taxi que pasaba y subirse rápidamente, dejando a Gaucho envuelto en una nube de humo negro, mientras reía y sacaba otro cigarro.

Circenix se acercó lentamente como una leona ante un antílope acorralado y cruzó su brazo por la nuca del Adonis, mientras acercaba su boca al elevado oído.

—¿Quién te crees que eres, huevoncito?

—Nadie —respondió con el cigarrillo entre los labios y la sonrisita socarrona que no dejaba nunca.

—¿En serio crees que puedes dejarme como una estúpida esperando en tu camerino, mientras coqueteas con otro tipo?

—No es un...

—¡Cállate, maricón! ¿Sabes cuántos manes en este país darían lo que fuera porque yo siquiera los mirara? Pero estás de buenas... Hoy no fuiste el único que se mojó. Así que no me hagas perder más el tiempo y súbete al carro —un hombre igual o más alto que Gaucho abría ante ellos la puerta trasera de un Mercedes.

—Hoy no, preciosa. Estoy cansado. Además ya te había dicho que no vinieras a mi trabajo. En tu casa o en tu club lo que quieras. Pero aquí no.

—¿Por qué? ¿Porque está tu noviecita?

—No estoy de ánimo, ve y que uno de todos esos manes que dices, te hagan el favorcito —Gaucho se marchó caminado de espaldas con su risita, mientras le escupió a Circenix estas palabras en la cara.

La mujer apretó los puños de tal manera que se le partieron todas las uñas de ambas manos, menos las de los pulgares y entre dientes, le ordenó a dos de sus hombres, que sujetaran al hombre de 1,90 que ya no se ve tan alto entre los dos escoltas que ahora pendían de sus brazos como columnas encadenando a Sansón. “¿ya averiguaron lo que les pedí?”, preguntó la mujer a otro de sus empleados. “Estamos en eso madame”.

—¿En serio crees que puedes mandarme a volar como a cualquiera de las perras que babea por ti, mariconcito?

—Ay bebé no te pongas así. Perdóname hoy no fue mi día... —el temblor en la voz de Gaucho hizo que la confianza con la que había hablado antes se desvaneciera como una niebla que un oscuro sol de miedo ya no permitía recordar.

—¿Bebé?

—Perdón, madame.

—Súbanlo al carro y bájense los pantalones.

Circenix se subió al auto y en el asiento trasero comenzó a devorar el pene de Gaucho, mientras los dos escoltas lo seguían sujetando de los brazos. Pero el pene del stripper permaneció flácido como una uva deshidratada, sin importar lo fuerte que succionara la madame.

—¿En serio?

—No sé qué me pasa madame. Usted sabe que yo siempre respondo. Tal vez si me soltaran...

—¡Suéltelo y bájense del carro! —los escoltas obedecieron y el auto se llenó tan solo con la presencia del musculoso hombre y de la diva —¿Ya?

Una vez solos en el vehículo, Gaucho se lanzó sobre Circenix y lentamente comenzó a besarle los labios, bajando por la comisura hasta el cuello, bajando lentamente por el pecho, hasta llegar a su vientre y finalmente hasta su clítoris.

—Ah ¿ves cómo sí podías? Yo sabía que era cuestión de inspirarte.

—Sí madame, discúlpeme. No sé qué me pasó.

—Dime bebé —dijo entre jadeos y con los ojos cerrados la bruja sin verruga.

—Lo que tú digas bebé —respondió el galán que volvía a tener gotas sobre su cuerpo como unas horas antes en la piscina.

—Pero ¿y qué? ¿Te vas a quedar a vivir allá abajo? Ven acá y métemelo ya.

—Madame, no se vaya a enojar, pero en serio no sé qué me pasa, esto no me había pasado nunca antes.

—Yo sí sé perfectamente lo que te pasa. Dame su dirección ya si te quieres reivindicar.

—¿Dirección? ¿De quién?

—Del niño Dios ¡HUEVÓN!

—Se lo juro que no me la sé madame, siempre he intentado seguirla pero nunca lo he logrado.

—Definitivamente, todo un inútil ¿No? Solo servía para una cosa y ya ni pa' eso. Tocaré darle el pescado de ahora en adelante porque ya está viejito como para ponerme a enseñarle —en ese momento Circenix abrió la puerta del vehículo y llamó a uno de sus escoltas —¿ya consiguieron el dato que les pedí?

—Sí, madame. Tocó sobornar a tres meseros, pero lo logramos. Es un barrio al sur.

—Mejor, así nadie se sorprenderá por los gritos.

### III. Apartamento de Cecilia.

No se sabe qué noche es. Entra. Saluda a sus perros. Se arrodilla, cierra los ojos y los acaricia uno por uno. Una Dóberman y cinco cruces de Rottweiler. Cuando el perro de un vecino celador preñó a su amada Náyade no tuvo el corazón suficiente para deshacerse de las crías. Se deja besar por todos y cada uno, sin asco, no importa dónde hayan metido ese hocico, al fin y al cabo, son las únicas criaturas en este mundo que se le acercan sinceramente y no por envidia o lascivia.

Se quita el abrigo. Va a la cocina y toma un bulto junto a la nevera. Sale al patio (ventajas de vivir en un primer piso) y escurre el bulto en seis cocas alineadas milimétricamente. No obstante, nota algo raro en el concentrado, pero está muy cansada y le duele mucho la espalda como para agacharse, tanto acoso del huevón de Gaucho, le debió haber alborotado la paranoia —qué mamera de man—.

Seguramente le recordaba a ese padrastro que no dejaba de joderla en su adolescencia diciéndole que hablara y se vistiera como un varoncito, cuando en realidad no dejaba de babear por ella y pajearse cada que podía en el baño con una foto de la familia en la que Cecilia aparecía en patines y *shorts*. Esto lo sé porque Cecilia me contó que un día a sus dieciséis lo descubrió saliendo del baño con la foto enmarcada y todo con un hilo de semen resbalando por el vidrio del portarretratos.

Entra de nuevo, devuelve lo que queda del bulto al lado de la nevera. Se sirve un vaso de agua, se recuesta contra el mesón, se suelta el pelo (cualquier publicista de champú desearía captar una sola vez en su vida un momento así). Bebe un trago y suspira.

—Lo que hay que aguantar por un buen par de tetas —murmura en voz alta.

Toma un trozo de pan. Apaga la luz. Camina a la sala, descubre las jaulas de sus otros bebés, pone las telas sobre el sofá, abre las jaulas y desmiga el pan en unos plásticos. Las aves trinan emocionadas. Ella cuchichea por unos segundos. Toma las telas, vuelve a cubrir las jaulas. Camina hacia un acuario. Toma un pote con una cuchara. Esparce la comida sobre la superficie del agua. Apaga la luz.

Va a su habitación. Se quita los tenis y el jean. Entra al baño. Se desmaquilla, no tarda mucho. Se cepilla los dientes. Se mira en el espejo por unos segundos, no mucho.

Pareciera que recién se levanta de un plácido sueño y no que son las cuatro de la madrugada y acaba de tener una jornada de mierda. Apaga la luz.

Se tira a la cama. No quiere buscar su pijama. Se mete en las cobijas. Programa la alarma en su celular. Y cierra los ojos, “lo que hay que aguantar por un buen par”, musita de nuevo con la voz casi apagada.

—Y lo que falta... —Una voz de ultratumba le responde en medio de la absoluta oscuridad.

Rápidamente se incorpora y enciende la lámpara en su mesita de noche. Dos hombres, uno a cada lado le sujetan los brazos. Otros dos inmovilizan sus piernas asiendo con fuerza sus tobillos. El grito no alcanza a salir. Otro hombre introduce rápidamente una mordaza en su boca.

Con los ojos desorbitados por el pánico, Cecilia mira con horror a quien profirió esas terribles palabras tan solo unos segundos atrás. Circenix se acerca con paso imponente mirándola en un ángulo picado y le dice: “Así que te gustan los perros”...

Cecilia, seguramente, nunca supo cómo hicieron para entrar sin que ninguno de los seis ladrara, ni hicieran el más mínimo ruido. Al no ser... —¡Jueputa, la comida!—

Sin que Cecilia pronuncie palabra alguna con la mordaza entre su boca, Circenix parece leer sus ojos y le responde.

—Muy bien querida. Parece que comienzas a entender. ¿Quién diría que un Mercedes es más rápido que un mugroso taxi, no? ¿Ya les diste de comer a tus bebés? ¿Ya te contaron esos chismosos de tu trabajo cómo comencé a amasar mi fortuna?— Da unos pasos más y se inclina al oído de la sudorosa Cecilia — ¿Sabes a qué me dedicaba al inicio?

—...

—Dicen que un animal es animal porque si te interpones entre él y su hambre, no hay amor que valga. ¿En ese caso, existe un ser más animal que el humano? — Circenix ve que Cecilia quiere decir algo y mira uno de sus escoltas —Ramírez, quítele la mordaza un momento a ver qué es lo que quiere decir la perra esta.

—No me haga nada, por favor. Yo solo quiero trabajar honradamente para poder pagar mi operación y largarme de este hueco.

—Ay querida... ¿Y crees que con un par de tetas vas a dejar de ser el engendro que eres?

–Un productor me dijo que...

–¡Te dijo nada! Seguro lo que querías oír para que le dieras culo sin cobrar.

–¡Señora por favor! Usted no sabe lo que he tenido que aguantar desde que era niña, mi padrastro, la escuela, mi mamá, mi familia, usted no se imagina todo lo que he tenido que aguantar, contra todo lo que he tenido que pelear para que me dejen ser lo que soy. No quiero más, simplemente que me dejen ser. No sé que hice para ofenderla, pero créame que yo no tengo nada contra...

–¿Señora? ¿Me dijiste señora, HUEVONCITO?

–Soy una mujer.

–Jajajaja no me hagas reír mi rey. ¿Qué porque tienes embobado al maricón de Gaucho te creíste el cuento?

–Ese pendejo no me interesa en lo más mínimo. Pero si le gusto, eso no lo hace menos hombre. Los hombres que se sienten atraídos por nosotras son heterosexuales, el hecho de que tengamos pene no nos hace menos mujeres.

–Ay deja de ser ridículo. El hecho de que yo quiera creer que un caballo es un unicornio, no significa que entonces le va a crecer de repente un cuerno en medio de los ojos. Ustedes pueden decir lo que quieran. Pero la realidad es como es y punto, o si no sal volando por la ventana porque crees que la gravedad es una construcción social a ver qué pasa ¿hacemos el intento?

–No es lo mismo. Yo sé lo que soy y soy tan o más mujer que usted, boba hijueputa. Anciana de mierda. ¿O a quién prefirió Gaucho esta noche?

–¿Ah sí? Vamos a ver si después de esta noche sigues siendo tan mujercita, independientemente de lo que tengas entre las piernas. Ramírez, póngale la mordaza de nuevo y traiga a los pajaritos y a los perros.

Desde esa interminable noche, Cecilia ronda las inmediaciones de El Charco. Entre callejones oscuros y caños desolados asalta a todas las clientas que dan papaya saliendo ebrias o llegando sobre el tiempo para la función. Vaga en busca de la cordura que le arrebataron aquella noche, que le desgarraron junto con su pene.

Aunque ahora, por fin con tetas y sin nada entre sus piernas, a parte de sus seis bestias con las que no solo roba, sino que despedaza a sus víctimas que, horrorizadas, lo último que ven es el desfigurado y derretido rostro de esa, que alguna maldita noche las últimas palabras que escuchó antes de que le reventaran los tímpanos fueron, “Ramírez, tráigame el ácido de la batería. Ah y de regreso, traiga el cuchillo y alcánceme a esos dos pajarracos y los pescaditos, vamos a cumplirle el sueño a la niña”...

Siempre pensó que cuando al fin los consiguiera, sus senos serían las alas que la ayudarían a volar y a irse muy, muy lejos de aquel lugar. Nunca pensó en lo literal que podría llegar a ser el cumplimiento de ese deseo. Ahora con sus mascotas como prótesis

y sabe que siempre le repudió el mundo, pero no era ingenua, sabía cómo funciona. A veces, en pequeños momentos de soledad recuerdo una frase que solía repetirme mientras limpiaba la barra y ella terminaba de trapear: “solo hay dos tragedias en la vida, mi Alfonsito querido, una es nunca conseguir lo que se quiere y la otra, conseguirlo”, era de un tal Óscar, Wilfrido, o algo así, sé que el apellido comienza por W, pero no lo recuerdo bien.

Dicen que Gaucho se la cruzó un par de veces llegando al Charco, supongo que fueron las dos veces que tuve que ir a limpiar su vómito al baño luego de que entrara como alma que lleva el Diablo, unos minutos antes de que comenzaran a llegar las pocas clientas que aún venían luego de que la fama de Cecilia empezara a hacerse noticia por aquellos días.

\*\*\*

## Contrapaso

*Para Bárbara Sarasola-Day, gracias por la inspiración.*

### I. La llamada

Cuando recibí la llamada del comandante de la estación tuve que soportar su basura machista por varios minutos.

- El señor Mario Paso, o su hermana por favor.
- Soy yo. Solo que ahora me llamo Macarena. Macarena Paso.
- Disculpe, ‘señorita’ –no pudo evitar carraspear la garganta mientras pronunciaba el “señorita”, luego de una profunda inhalación –, pero no estoy para bromitas, necesito hablar con Mario Paso o su hermana, el hijo de Ignacio Paso.
- Ya le dije, soy yo. Yo soy la hija de ese señor, si es que a eso se le puede llamar padre. Por favor dígame quién es y qué necesita o no me haga perder más el tiempo. Mi hermana hace años que ya no vive en esta casa.
- Mire, soy el comandante de la estación XI de la décimoprimer brigada del batallón Anzoátegui de la Policía Metropolitana y le recuerdo que entorpecer una investigación policial es un delito penalizado por la ley.
- Y yo le recuerdo que ya le dije que yo soy Macarena Paso, hija de Ignacio Paso. Mario ya no existe. Así que si tiene que decirme algo, por favor hágalo, de lo contrario, no me haga perder más el tiempo.
- ¿Cómo así? ¿Usted es Mario Paso? Pero si suena como una...
- No sueno como nada, soy una mujer.
- ¡Un travesti?
- Y usted un genio, como su buena fama los precede, a usted y a sus colegas.
- ¡Jajajajaja una loca! ¡El hijo del muerto es una loca! –se le escuchó al otro lado del auricular gritar al comandante a sus demás compañeros, supongo, en la estación.

–Espere, ¿cómo así? ¿Me está diciendo que Ignacio está muerto?

–Pues muerto, muerto... Todavía no, pero para el caso, como si lo estuviera ya. A su edad, no creo que dure mucho en la cárcel.

Hacía un poco más de veinte años que no sabía nada de Ignacio. Y no es que yo sea un vejstorio. Sino que, desde que mi mamá me llamó un día a los ocho años a la puerta de la casa en la que trabajaba y a la que yo, por esos días, la acompañaba (ese mes, como muchos, no había habido plata para el colegio) y me dijo –mira, Mario, hay alguien que te quiere conocer–, nunca había vuelto a tener noticias directas de él.

Prácticamente, desde que estreché su mano ese día para despedirnos, luego de una breve interacción no mayor a cinco minutos, Ignacio se había convertido en un fantasma del cual se decía, era mi padre. De vez en cuando recibía una que otra noticia por parte de algún tío o amigo de la familia que hablaba con mamá, mientras yo husmeaba como un animalito silente por debajo de la mesa o sus alrededores.

A veces lo veía cuando iba a recoger a mi hermana para llevarla al parque o algo así. A mí solo me llevó como unas tres veces, hasta que un día lo recibí vestida de mujer. Luego, también dejó de pasar por mi hermana. Seguro cuando comenzó a hacer preguntas “incómodas”. Pero mamá y yo pensamos que algo más pasó esa tarde, pero mi hermana nunca quiso hablar de ello. A los pocos años ninguna de nosotras tampoco volvió a saber nada de ella. Ni siquiera cuando mamá murió.

También está el detalle del sobre. Mamá recibía sagradamente un sobre cada mes que hacía aflorar en su rostro una mueca de ironía mientras contaba el escaso dinero en su interior. Ahora entiendo bien que más que un apoyo para nosotros o, al menos, para mi educación o manutención, se trataba de un vulgar y ofensivo chantaje para que no fuéramos a aparecernos algún día en el lustroso zaguán de su casa de eminente cirujano, habitada por su –esa sí –perfecta familia.

–No sé de dónde o cómo consiguió mi número, pero yo no tengo nada que ver con ese señor y, la verdad lo que pase con él, me tiene sin cuidado, así que por favor no llame más–le respondí al dichoso comandante ese a punto de colgar el teléfono.

–No tan rápido ‘señorita’. El asunto no es tan fácil...

–Para mí sí. Que le vaya...

–Si cuelga le envió una patrulla en menos de diez minutos a la puerta de su domicilio, y con los antecedentes que debe tener con su estilito de vida, me imagino que no querrá eso.

–¿Antecedentes? ¡Mandé lo que se le dé la gana! Ahí están pintados ustedes, eso de no pisar una universidad nunca salvo para llenarla de gas sí es que es muy duro ¿no?

–Ay no, será que la doctora sí ha pisado muchas universidades en su vida de puta o peluquera.

–Soy maestra en artes plásticas, fotógrafa, magister en sociología y en este momento estoy terminando un doctorado de doble titulación con la Universidad Sapienza de Roma en derecho y ciencias humanas.

Aunque mamá murió muy joven (las enfermeras, al igual que los médicos, también se mueren, especialmente en este país de miseria), se aseguró de tragarse su dignidad mes a mes y ahorrar hasta el último centavo de esos sobres y, así, lo primero



que hizo, luego de que yo validara el bachillerato a mis dieciocho, fue entregarme el número de cuenta y ponerlo a mi nombre para decirme en su lecho de muerte –sé que no es mucho, pero si te aplicas y consigues entrar a una universidad pública puede que te alcance para sobrevivir mientras consigues cómo ver por ti y al fin puedas ser lo que tú y solo tú quieras ser sin la concesión, ni la aprobación de nadie–.

Con lo que ganaba, se aseguró de que nunca me faltara nada mientras crecía y con lo que recibía de Ignacio, aseguró mi futuro. Al menos su inicio.

–No pues, tan preparado mi yogurcito, si quiere ya le llevo las hojuelas. Puede que no tenga antecedentes, pero seguro no quiere que vayamos a requisarla... Su casa, claro. Aquí ya veo algunos lancitas que están muy ansiosos porque les dé la orden. Seguro están ansiosos por ver cuáles son los ‘guardados’ de la doctorcita.

–Veo que no deja de hacer gala de su inconmensurable brillantez policial ¿no me escuchó que estudio derecho? Sin una orden no pueden...

–¿Y qué cree que tengo aquí en mi mano? –al otro lado del auricular se escuchó como si agitaran una hoja de papel. ¿Acaso era posible?

–Ya le dije que yo no tengo ni quiero nada que ver con ese señor. Sea lo que sea que haya hecho, le aseguro que no es asunto mío –. No había tenido noticias de Ignacio en tantos años y ahora quién sabe en qué lío me había metido.

–Pues le guste o no, le aconsejo que venga por las buenas, si no quiere que vayamos allá a registrarla y de todas formas termine acá, pero detenida. Tiene que ayudarnos a encontrar a su hermana y a esclarecer de quién es el cuerpo en la bolsa.

## II. El cuerpo en la bolsa

¿Cuerpo en la bolsa? ¿En qué mierda se había metido el huevón de Ignacio? Peor aún, ¿en qué putas me había metido a mí?

Tomé lo que creí que podía necesitar, luego de colgar, lo embuté en la cartera, pedí un Uber y me puse en marcha a la dichosa estación XI de la décimoprimer brigada del batallón Anzoátegui de la gloriosa policía metropolitana para reencontrarme con papi.

O al menos, eso creí. Cuando llegué y esquivé la primera, segunda y tercera barricadas de chiflidos y piropos sucios, tanto de detenidos, como de tombos, al fin conocí al encantador comandante Quintana (así se apellidaba).

–Mucho gusto, ‘señorita’ –no dejaba de carraspear y poner esa sonrisita socarrona que desde que hablamos por teléfono ya se le notaba cada vez que pronunciaba la palabra, señorita –, me alegra mucho que finalmente haya podido venir y darnos el gustico... De conocerla, claro.

–Me gustaría decir que el placer es mutuo, pero desde pequeña mi mamá me enseñó a no decir nada que no sintiera de verdad. ¿Dónde está?

–Picado en una bolsa.

–...

–Ah, se refiere a su papá. Detenido en un puesto de frontera. La bolsa también, por si le interesa.

- ¿Y qué hace por allá? Hasta donde entiendo, él y su familia viven acá. En una casa fabulosa del barrio alto.
- Sí, eso mismo me pregunté yo también y por eso le pedí que viniera a ver si nos ayuda a salir de la duda...
- ¿Y por qué a mí? ¿Por qué no a su esposa o a uno de sus hijos?
- ...
- Uno de los de verdad. Sabe a lo que me refiero, no me haga perder más el tiempo.
- Se rehusó a dar el número de alguien que no fuera usted. Y advirtió que, de contactar a cualquier persona que no fuera usted, no diría ni una palabra y que, incluso, se arrancarían la lengua a mordiscos de ser necesario.
- ¿Y de dónde sacó mi número ese señor? ¿Sabe usted hace cuánto no hablamos? Bueno, eso no importa. ¿Por qué le hicieron caso? Seguro no fue porque se negara a darles otro, para un aparato policial de tan sagaz inteligencia como ustedes, seguro eso no sería ningún obstáculo.
- Por supuesto que no, ya sabemos perfectamente quién es y dónde vive. Lo supimos casi al instante que encontramos su carnet en la bolsa junto al difunto – se santiguó y siguió hablando –, con decirle que sabemos hasta a qué colegio llevan a sus perros.
- ¿Sus perros van al colegio?
- Claro... ¿Y eso es lo que le llama la atención de todo lo que le acabo de contar?
- Discul... Fue solo que me sorprendió. Bueno, pero por qué cedieron ante sus amenazas, hasta donde he podido observar ustedes son muy machitos ¿o es que solo se envalentonan con mujeres?
- Mire pendejito, usted no es ninguna...
- Ay vea, si me hizo venir hasta acá para insultarme o para que le dé lecciones sobre orientación de género y masas de inversión, puede inscribirse a uno de los cursos que dicto en la universidad todos los martes de siete a nueve, de lo contrario dígame por favor ¿por qué cedió ante sus demandas y no llamó a su esposa o alguien mucho más cercano a él. Ya debe saber que no lo he visto sino una vez en mi vida, y fue hace veinte años. Entonces, la verdad no entiendo qué pinto yo en todo esto.
- Pues según él, usted es lo que es y ha llegado hasta donde tanto se las da de haber llegado, gracias él.
- ¡Pobre hijueputa!
- ¡A mí no me hable así huevoncito de mierda, le recuerdo que está hablando con LA LEY y que por más hembra que juegue a ser, le puedo reventar esos huevos cuando a mí se me dé la gran doble hijue...
- Ay ya, cálmese que me refería a él.
- Ah... Eh...
- Bueno, ¿cuál es el cuento ese de la bolsa y el cuerpo?
- Ningún cuento. Resulta que –el rostro de Quintana se transformó de un segundo para otro; pasó de la cólera de la que venía al creer que ‘una maricona’ le había mentado la madrecita en la cara, a la euforia más pueril que he visto en un viejo tan canoso como él –hace algunos días unos cuadros de la frontera hallaron una bolsa, de esas de alpinista, rodeada por...
- Ah, un morral de montaña.
- ¿Un qué?
- Nada, por favor prosiga.
- Bueno, el caso es que lo encontraron rodeado de buitres y dentro encontraron un cuerpo machacado con el carnet de la clínica en la que trabaja su padre como

cereza del pastel –Quintana quedó como si mi interrupción idiomática con respecto al morral le hubiera cortado un coito o algo parecido.

–Bueno, pero eso no es prueba suficiente para condenar a un hombre sin antecedentes judiciales y, por mucho que me duela decirlo, con una intachable reputación social, así sea por sus años y contribuciones a la medicina, porque claramente, como persona y como padre, no. Fácilmente, el asesino pudo robarle la billetera días antes y luego usarla para incriminarlo y, así, limpiar su rastro.

–De tal palo...

–¿Disculpe?

–Pues que eso mismo fue lo que dijo su papá cuando lo aprehendimos.

–Ah, ¿lo ve? Es perfectamente lógico. ¿Por qué un reconocido y prestigioso médico del interior andaría a sus setenta y tantos matando y descuartizando gente por la frontera? No tiene ningún sentido.

–Sí... Todo eso que dice suena muy bonito y lógico como dice, usted. El único inconveniente con ese raciocinio suyo –¿ve cómo yo también tengo vocabulario?– no es el 'qué', sino el 'dónde'.

–¿El dónde? ¿A qué se refiere?

–Sí, el dónde. E incluso el cuándo.

–No entiendo. Me perdí.

–Ay no sea así, ¿no que muy estudiada y preparada? No me decepcione, que íbamos bien.

–Vea si para usted todo esto no es más que un juego de resentimientos o test de machos para ver quién la tiene más grande, dígame y me voy para mi casa ahora mismo que hartó que hacer si tengo, como para andar perdiendo el tiempo acá con usted, y aunque nunca lo he hecho; si quiere, me lo mido y le mando el resultado por correo. Así no me hace perder más el tiempo.

–Uy, pero no se me ponga tan arisca –otra vez su risita socarrona, que ya empezaba a exasperarme –, quien la ve tan delicada y menudita, pero tiene garras la gatica ¿no?

–Ni yegua ni gata, tan o más persona que usted. Así que si va a seguir con sus jueguitos...

–Ay ya, ya. Cálmese. No se me ponga histérica. Más bien retomemos. Que ya estaba bien tibia y yo quiero que se ponga caliente. Ya, ya, no se me vaya a ir que ya estamos por llegar a lo importante; pregúnteme dónde capturamos a su papá.

–¿Dónde? –Ya me estaba yendo, pero la intervención de Quintana, me hizo detener en seco bajo el marco de la puerta de su oficina y preguntar lo que el cerdo quería.

–Tomando un bondi en la terminal de la...

–Frontera... –lo interrumpí y completé lo que estaba por decir.

–Wow, como que lo de tanto magister y doctorados, sí sirve de algo después de todo. Así sean en sociología... y ¿qué más me dijo que estudiaba, la reina?

–Me dijo que el dónde era importante, pero que también el cuándo... ¿Cuándo lo arrestaron en la frontera?

–¡Muy bien! ¿Ve cómo sí vamos llegando a algún lado cuando cooperamos? Siempre lo he dicho, todo sería perfecto si todos cooperaran con la Policía...

–¿Cuándo lo arrestaron? Por favor no me haga repetir, que lo detesto.

–Muy bien. Como guste; apenas unas cuantas horas después de que la patrulla hallara la bolsa, perdón, 'el mo-rral', en una zanja, lo capturamos intentando comprar un boleto de colectiva en una fila de la terminal.

- Eso no me lo esperaba. La verdad no sé qué pensar, ni decir al respecto. Ciertamente, es muy sospechoso.
- No, no. Pero si esto lo, perdón, la sorprende. Deme una esperita que falta lo mejor.
- ¿Cómo así? ¿Hay más?
- Que si hay más, dice... Sí, mi querida, desafortunadamente hay más. Hay mucho más... Cuando lo agarramos, no paraba de gritar, y discúlpeme, que cite – en este punto, Quintana tomó una libreta de su escritorio y la abrió para leer algo que tenía apuntado en ella, su dichosa cita, imaginé –, “¡mi hija, mi hija, esa desagradecida, hija de las gran mil putas, fue ella, fue esa malnacida”!

### III. El misterio de la hija

Como Ignacio tenía solo hijos varones, al menos dentro de su camada de ‘legítimos’, la policía comenzó a investigar, hasta que dieron conmigo, obviamente, y todo comenzó a tener sentido para ellos, al menos el misterio de la hija empezó a desempañarse un poco. Especialmente, porque cuando la policía llegó con el nombre de Mario a la celda de frontera en la que tenían retenido a Ignacio, el muy cabrón, que –hasta ese entonces se había rehusado a pronunciar palabra alguna –comenzó a gritar: “¡Mi hija! ¡Llamen a mi hija!”. Y para rematar dio mi número, el cuál, yo no tenía ni puta idea que él sabía.

- Así que ¿dónde se encontraba entre la noche del martes y la madrugada del sábado, señorita Macarena?
- Le aseguro que no en la frontera descuartizando personas e inculpando a ese viejo miserable.
- Ahí están pintados ustedes...
- ¿Ustedes?
- No tienen respeto por nada, ni nadie. Ni siquiera por los padres.
- Usted mejor no hable de lo que no entiende. Hace falta mucho más que donar un espermatozoide para que la palabra padre no quede grande.
- Sea lo que sea, un hijo no es nada ni nadie para juzgar a sus progenitores; honrarás a tu padre y a tu madre, ‘señorita’.
- Ah no, si ya va a empezar a citar la Biblia, mejor arrésteme si es que me va a arrestar o déjeme ir, que ya estoy agotada de tanta estupidez.
- Vaya y descanse, pero antes haga las maletas, por su bien espero que mañana mismo salga a primera hora rumbo a la frontera para hablar con su papá.
- Ese señor no es...
- Lo que sea, dice que solo hablará con usted.
- Le diría hasta luego, pero la verdad es que espero no tener el ‘placer’ de verlo nuevamente.
- Espere.
- ¿Y ahora qué se le ofrece?
- Antes de que se vaya, cuénteme qué significa ese tatuaje. ¿Es un decapitado?
- ¿Este? Es Bertran de Born. Un contrapaso.
- ¿Un qué?

–De verdad lamento mucho que no haya tenido acceso a la educación y le hubiera tocado terminar metido en esto, pero lo cierto es que estoy exhausta y no me interesa darle clases de literatura ni de filosofía en este momento.  
–Avisa si piensa salir de la ciudad a cualquier otro sitio que no sea a la frontera. Mañana mismo, preferiblemente.

No sé qué pintaba mi hermana en todo esto, pero me alegra saber que Ignacio está en pudriéndose en un calabozo de frontera. Tal vez por eso fui a la estación. Quería verlo con mis propios ojos. Y además, me daba mucha curiosidad volver a saber algo de Natalia, lo que fuera.

Cuando al otro día, finalmente me encontré con Ignacio, tras un incómodo viaje de seis horas, su rostro pareció pasar de la esperanza a la frustración con la misma velocidad con la que se abrió la reja de su celda, luego de que le anunciaran, “llegó su hija”.

¿A quién esperaba? ¿Acaso no había armado todo este numerito para que me desplazara desde el interior hasta acá? ¿Sería posible... ¿El viejo estaba enloqueciendo y en su demencia senil le dió por asesinar mochileros?

–¿Para qué me mandaste llamar?  
–Yo no te mandé llamar a vos.  
–¿Sabés quién soy?  
–¿Cómo no? Si desde chiquito se te notaba lo maricón.  
–¿Y si no me mandaste buscar a mí, entonces a quién?  
–...  
–¿Ah, no me vas a hablar?  
–...  
–Pues que te jodan.  
–¿El imbécil de Quintana fue el que te llamó?  
–Ah, sí puedes hablar... Sí, fue él.  
–¡Inepto!  
–Eso no te lo discuto en absoluto. Por cierto, ¿qué hace el comandante de una estación del interior indagando por un caso de frontera? No he dejado de preguntarme eso desde que salí de su despacho y tuve un respiro para procesar todo lo que estaba pasando. Y de venida para acá esa duda se hizo más y más fuerte. ¿Lo conoces?  
–Sí, de años. Desde que trabajé en el hospital de la policía. Pero no es solo por eso.  
–¿Entonces?  
–¿No te dijeron de qué tenía untadas las tripas?  
–¿Quién?  
–Tu mamá.  
–Imbécil.  
–Al parecer no tanto como tú.  
–Pues al menos no soy yo la que está tras las rejas esperando ser judicializado. Espero que tengas una larga vida.  
–Espera...  
–¿Qué?  
–Nada.

No sé si fue el desespero atrincherado en ese “espera” final que me lanzó o el verlo ahí como un tigre viejo tras las rejas esperando la muerte, o si simplemente fue mi complejo de Elektra alborotado, pero sin que su orgullo le hubiera permitido pedírmelo – al menos, así lo entendí – me decidí a investigar qué coños estaba pasando. Además, si el viejo se había zafado, era conveniente averiguarlo, en caso de que la enfermedad fuese congénita.

Lo primero que hice fue intentar pensar como alguien que no es de esa zona lo haría. ¿Cuáles son los lugares que tuvo que visitar sí o sí Ignacio lejos de su casa? Hoteles, ¿cuántos podría haber en un pueblucho como ese? ¿Dos, cuatro, ocho?

Resultó que habían seis y en el quinto, al fin me dieron razón de él. Ni siquiera tuve que darle dinero a la recepcionista y dueña del hotel Yolima. Estaba más que ansiosa en contármelo todo, con la esperanza de que yo le ayudara a saber qué había pasado con sus sábanas y cortinas de ducha. ¿Por qué tres personas se llevarían tales cosas? Especialmente si habían dejado el colchón completamente ensangrentado.

Esperen un momento, ¿tres personas? Bueno, en realidad siempre vio solo a una pareja. –La muchacha era igualitica a usted, solo que con los rasgos un poco más finitos –dijo.

Paren el tren. Devuelvan la cinta. Más despacio por favor señora Yolima –no sé si en realidad se llame así, pero así fue como la bauticé por el nombre de su hotel –, por favor explíqueme con más lentitud estos detalles.

De acuerdo con la señora Yolima, Ignacio se había hospedado en esa habitación con una muchacha como de mi edad y, según ella, muy parecida a mí también. ¿Papi andaba de viejo cachondo expiando complejos freudianos con muchachitas que le recordaban a su bastardo desviado de forma inconsciente? ¿Moteleando en la frontera, lejos de casa y de las buenas costumbres? ¿O era posible que en realidad hubiera estado acá con mi hermana, la hermana perdida de la familia?

Pero la cosa no paraba ahí, de acuerdo con doña Yolimita, papi no había llegado inicialmente con mi clon malévolo, sino que ella había llegado unas dos noches antes con un muchacho que parecía haber comido una empanada pasada o algo por el estilo, porque parecía sudar más de la cuenta y tener una urgencia increíble por usar el baño al momento de registrarse en la recepción.

No obstante, después no volvió a ver al muchacho. Sino solo a la chica y posteriormente, a Ignacio. Ante mi inmediata pregunta de qué traían puesto los dos muchachos al momento de registrarse, Yolima no dudó en decir que botas de senderismo, shorts, playeras y, cómo no, unos enormes y relucientes morrales de montaña.

No era difícil, deducir a esta altura quién era el cadáver que la policía había encontrado dentro de uno de esos morrales o bolsas –como las llama Quintana –, pero ¿por qué Ignacio mataría y trituraría al noviecito de una muchachita con la que tenía un *affair*? ¿Una cuestión de celos, un triángulo amoroso que se complicó más de la cuenta?

No, eso no tenía mucho sentido. Entonces me aseguré de no sacar ninguna conclusión apresurada, y le pregunté a Yolima cómo era el comportamiento entre ellos y corroboré que, en efecto la muchacha y el muchacho actuaban como novios, pololos, medias naranjas, enamorados, voladitas o como se les quiera llamar. En cambio, Ignacio y la chica actuaban como un par de desconocidos, que se habían visto forzados a compartir una habitación por cuestiones laborales, pero que no se caen muy bien en realidad. Todo esto, de acuerdo con las impresiones de doña Yolima, claro está.

Algo no encajaba. No entendía qué pintaba Ignacio en todo este cuadro, lejos en el interior, con su familia ejemplar, su prestigio médico, su casa envidiable y, en definitiva, su carnet de miembro oficial de la gente de bien reluciente y aceitado para cuando hubiera que mostrarlo acompañado de la sonrisa perfecta, que nunca tuvo la necesidad de mostrar –tenía cara de orto todo el tiempo –, confirmaría la querida señora Yolima, sin cabida a dudas.

Como sea, sentía que me estaba perdiendo de una pincelada enorme y que solo era cuestión de detenerme un segundo a contemplar la pintura con calma y lo vería. Además, el hambre estaba devorándome por dentro, desde mis entrañas.

¡Claro! Ese es el siguiente lugar al que sí o sí, se ve obligado a visitar un turista, un restaurante. Le pregunté a doña Yolima si sabía a qué restaurantes habían ido durante su estancia en la frontera. Y me dijo que no sabía, pero que la segunda noche había visto a la muchacha salir y volver bien entrada la madrugada y dando algunos tumbos, sola. Y que el único lugar que estaba abierto hasta esa hora de la madrugada en ese pueblucho era la *Esquina del sabor, bailadita de noche, empanadita de día*.

Así que me dirigí rumbo a la Esquina del sabor y pedí algo de comer mientras le preguntaba a los meseros por Ignacio y la muchacha. Un mesero me dijo que sí, que se acordaba de ella y que yo me le parecía mucho.

La había visto desconsolada en la barra, bebiendo sola, como si la hubiera dejado el novio o algo parecido. Y la noche siguiente la vio bebiendo con un señor mucho mayor que ella y con cara de pocos amigos. Como si acabaran de salir de una ardua jornada de trabajo que juntos preferían ahogar en el pozo oscuro del alcohol.

Sentía que me estaba acercando a algo, pero ¿a qué? ¿Quién mató al noviecito de mi clon malévolo? ¿Ignacio? ¿Ella? ¿Los dos? ¿Por qué? ¿Cuál era el motivo para causarle tal destino a un joven tan querido por la novia como describe Yolima, al difunto? Ella lo quería, se preocupaba por él, lo cuidaba, casi lo cargaba cuando no podía caminar de la indigestión... ¿Tenía el estómago revuelto porque sabía que Ignacio iba a llegar al otro día para matarlo y picarlo, por meterse con su amanteja, varios años menor que él?

No, eso tampoco tenía mucho sentido, mi cabeza estaba hecha un barullo. ¿Qué estaba pasando por alto? Bueno, al menos después de comer algo en la Esquina del sabor ya mis entrañas no estaban tan revueltas como mi cabeza... ¡Eso es! ¡Ahí estaba! ¿Qué fue lo que dijo Ignacio cuando lo visité en su celda, que si Quintana no me había dicho de qué tenía untadas las entrañas el enmochilado? Ahí estaba la clave, creía saber ya de qué iba todo esto, solo necesitaba la confirmación.

De inmediato, me dirigí a la estación de policía, una vez más y soborné al primer policía que vi con una cajetilla de cigarrillos que acababa de comprar y un billete de baja

denominación, lo cual no fue difícil, y le pregunté de qué estaban untadas las entrañas del cadáver que habían hallado en la zanja dentro de un morral de mochilero.

Caso resuelto. Cuando el patrullero confirmó lo que ya venía imaginándome y me dijo que de coca, fue como si la partícula de Dios hubiera parido al Bosón de Higgs. Ya todo tenía sentido; la pareja, la frontera, la severa indigestión, la sangre en el colchón, la inesperada llegada de Ignacio a la frontera, mi gemela malvada (que todos me confundieran con ella), la cara de decepción de Ignacio al verme a mí y no a su hija en la cárcel... Todo, absolutamente todo encajaba al fin. El asesino fue... Ninguno. Y todos a la vez, incluyéndolo a él.

Una pareja de novios desposeídos, seguramente abandonados por sus padres y la sociedad desde muy niños y sumidos en la pobreza aceptaron servir de mulas para cruzar la frontera con las entrañas repletas de coca, de pronto una de las cápsulas se tatea en el interior de uno de los jóvenes, apenas cruzan. Como puede, la muchacha ayuda a llegar a su compañero al primer hotelucho que ven.

Sin embargo, ya en la habitación el muchacho no resiste y muere envenenado desde su interior, la chica desesperada y con la presión de entregar la carga a su conexión en la frontera (una gente a la que seguro no les quieres fallar nunca), saca el laxante de la mochila y comienza a cagar y a vomitar cuantas cápsulas haya tragado previamente.

Con el dolor en el alma y el corazón destrozado, hace de tripas corazón y deja que prime el instinto de supervivencia sobre su dolor y llama a su contacto para contarle lo sucedido y tranquilizarlo diciéndole que ya tiene sus cápsulas afuera y listas para la entrega.

Sin embargo, su conexión fronteriza, seguro le dice que lamenta mucho lo del novio, pero que esa cantidad que ella menciona es tan solo la mitad del cargamento que se comprometieron a entregar, y que si no quiere que los muertos sean dos, más le vale entregar la carga completa el día y la hora estipulados.

Asustada, ella habrá preguntado, ¿pero cómo? A lo cual su conexión fronteriza le habrá respondido algo así como, "ah eso sí yo no sé, pero no es mi problema, vea a ver cómo hace, pero a mí me entrega lo mío completo o los muertos, como le digo, serán dos".

Desesperada y sin saber cómo proceder, seguramente, llama a la última persona a quien quisiera llamar, pero que es la única persona que puede ayudarle; un cabrón que, por lo visto, tiene como *hobbie*: ir engendrando hijos por aquí y por allá, para luego abandonarlos a su suerte y continuar con su vida de portada de revista.

Papi, seguro, recibe la llamada en su casa del interior y manda a la chica a volar antes de que su esposa o alguno de sus hijos de verdad escuchen lo que jamás deberían escuchar; gemela ya no tan malvada, seguramente amenaza a papi con armarle un escándalo ante su amada familia y círculo social, si no se inventa una excusa rápido y mueve su gordo y pesado culo hasta la frontera en menos de un día para que ponga todo



su conocimiento médico al servicio de la extracción de cápsulas y destazamiento respectivo que requiere la situación para no dejar huella.

Cuando papi, al fin llega al rescate y contempla la situación, seguramente pretende huir y escurrir el bulto, como es costumbre en él, pero gemela malvada le recuerda todo lo que tiene que perder si no le hace este favor, la única cosa que le ha pedido en toda su puta vida.

Papi accede a colaborar, no de muy buena gana, cabe anotar. Extraen la droga del cuerpo del ex, destazan el cuerpo, lo guardan en una mochila y mi hermana, asustada le pide a papi que por favor no la abandone hasta que realice la entrega de las cápsulas, ahora sí completas, salvo por la que se explotó y mató al novio, pero papi siendo papi, seguro intenta escurrir el bulto nuevamente, introduciéndose otra vez en un tire y afloje hasta que cede ante las presiones y peticiones de hermana siniestra.

Sin embargo, y pese a querer creer, tras años de experiencia siendo decepcionada por papi, melliza malvada, guarda el carnet de papi, sin que este se dé cuenta (obviamente), en el morral/bolsa junto con novio destazado, a manera de garantía y de revancha, por si papi decide traicionar la confianza de gemela malvada y no esperar a verificar que ella, solita en el mundo, tal y como quedó luego de la muerte y destazamiento de novio, sobreviva a su clandestino encuentro con una peligrosa red de narcotraficantes asesinos que se la han pasado amenazándola los últimos tres o cuatro días sin descanso ni tregua.

Seguramente, la chica le dijo algo así a Ignacio justo antes de irse a la entrega – júrame que no te vas a ir sin mí, sin saber que estoy bien –él habrá dicho algo así como, lo juro. A lo cual ella replicaría algo como –más te vale.

Palabras que él, en su infinita arrogancia, no se tomó en serio y a la menor oportunidad que tuvo, apenas su hija se había ido sola a enfrentarse con sus posibles verdugos, el cabrón habrá sacado el morral/bolsa con el cuerpo destazado y envuelto en las sábanas y cortinas de baño del cuarto para no dejar evidencia que pudieran ligar con él y la habrá arrojado a la zanja en la que fue encontrada por la patrulla fronteriza, tal como él esperaba, salvo por el pequeño detalle de su licencia médica en el interior junto a Ex.

Seguramente, si el idiota de papi hubiera cumplido su palabra, y hubiera esperado a hija para asegurarse de que no había sido masacrada por una banda de salvajes que no quisiera dejar testigos, ella hubiera vuelto con él, le hubiera ayudado a deshacerse del morral/bolsa y hubiera sacado el carnet que solo ella sabía, estaba ahí dentro junto con su amor. Pero papi, sin saberlo, impidió este final feliz.

Y ya capturado, pensó en librarse llamando al teléfono que, creía de su hija bastarda, para que la policía la arrestara a ella en su lugar, pero resultó ser, el de su hijo bastardo y maricón, que hasta ese entonces, no sabía que no era el único bastardo y que ahora es su hija con un tatuaje de contrapaso entre sus senos, en pleno corazón, donde hubiera podido estar él si hubiera querido, en vez de esa tinta proterva que ahora llenaba el vacío.

Claro que podría ayudar a papi contando esta historia ante Quintana, quien como buen amigo suyo, no dudaría en usarla para favorecer y exonerar a Nachito, echándole toda la culpa de alguna manera a la sucia bastarda que nadie, salvo Ignacio, parece conocer.

Sin embargo, por alguna extraña razón, no sé por qué prefiero sentarme aquí y mirarme en el espejo de esta barra en la que tú también te sentaste hace unas cuantas noches con el corazón hecho añicos, pero en esta ocasión miraré mis ojos, tus ojos; alzaré mi copa y con una gran sonrisa en el pecho, brindaré por vos. Estés donde estés, salud por ti, mi hermana.

\*\*\*

## La mujer de mi hermano

Me pide que me mueva más rápido dentro de ella. No ha parado de llorar desde que comenzamos. Está muy ofendida con él. No puede creer que la haya traicionado de semejante manera. Intento escucharla sin perder la concentración para no venirme antes de tiempo. Me alcanza un dildo con su mano derecha, mientras enjuga sus lágrimas con la izquierda. Aprovecho para sacarlo antes de que me haga quedar en ridículo y comienzo a hacerla gemir con el aparato que me acaba de pasar, mientras tomo un descanso y sigo escuchándola en medio de sus sollozos. No puedo quedar mal; al fin de cuentas, yo soy el mayor. Me pregunto por qué lo hace e intento mirar qué horas son, no vaya y sea que Mariana vuelva antes de... ¡Ah jueputa, qué rico!

Todo comenzó cuando Pipe al fin decidió irse de la casa de mamá. Bueno, en realidad ella lo echó por marihuano. No suelo estar de acuerdo con esa bruja, pero en esta ocasión pienso que fue lo mejor para mi hermano. Una noche le pidió que bajara a la tienda y comprara huevos para el desayuno de la mañana siguiente, en eso, él se encontró en el parque con unas amigas que le convidaron a unos plones del porro que se encontraban fumando. Una cosa llevó a la otra.

Pipe se entretuvo hablando con ellas y se le olvidó comprar los huevos. En cambio, luego de un rato, entró a la tienda por unas polas para compensar la generosidad de sus amigas e invitarlas a algo mientras terminaban de fumar la yerba que prendían y apagaban de vez en vez mientras conversaban.

Al cabo de un rato, el frío de la noche, la cerveza y la presencia intimidante de una moto con dos ocupantes de casco negro que comenzaba a dar vueltas alrededor del parque, hizo que las amigas de Pipe le preguntaran si podían subir un momento a su baño un momento antes de retomar el camino para sus respectivas viviendas.

Pipe dijo que por supuesto y subió con sus dos amigas al apartamento. Cuando entraron, las chicas pasaron una a una por turnos al baño, mientras los otros asaltaban la nevera en medio de risas y murmullos para no despertar a la bruja.

Sin embargo, cuando Pipe regresó de acompañar a sus amigas a sus casas, encontró la puerta de su hogar con aldaba. Entonces, timbró una y otra vez hasta que, Ignacio, el novio de mamá, al fin se asomó a la puerta y le dijo, con la mirada gacha, *tu mamá ya no quiere que vivas más en esta casa.*

Así fue como llegó esa madrugada a mi apartamento con los ojos rojos, la piel verduzca y los pocos chiros que alcanzó a sacar junto con una bolsa repleta de Cheetos, chocorramos, y papitas.

Cuando sonó el timbre, ya sabía que era él, pues de camino, me había escrito diciéndome que mamá lo había echado y que venía rumbo a mi casa, le di un beso a mi esposa en la frente y le dije, *no te preocupes, es Pipe, sigue durmiendo.* Me levanté hasta la entrada, abrí la puerta, lo miré por unos segundos con su carita de perrito abandonado sin entender todavía lo que pasaba y solté una carcajada, mientras lo abrazaba.

–Me echó –no paraba de decirme con su cuerpo inerte y sus ojos abiertos como una suerte de zombie que no acababa de entender que murió.

–Ya era hora –le respondí en medio de risas, mientras le servía una cerveza y le ofrecía un cigarrillo en el balcón.

–No lo puedo creer.

–Pues es mejor que lo vaya creyendo. Como le digo, ya iba siendo hora.

–Pero mamá...

–Sabe que pocas veces suelo estar de acuerdo con esa bruja, pero esta vez, creo que al fin hizo bien.

–No le diga así.

–Ay, por favor. Por andar “protegiéndolo” bajo su ala negra, no le permitió desplegar las suyas y por eso es que ahora anda todo atrofiado a sus treinta por la vida, sin saber qué hacer. Conmigo quiso hacer lo mismo, pero yo sí tuve las huevitas de rebelarme y ponerla en su sitio a tiempo.

–Veintinueve.

–¿Ah?

–Tengo veintinueve años, no treinta.

Nos reímos un poco, como acostumbramos ante nuestras miserias, mientras fumábamos y bebíamos en el balcón. Me contó todo lo que pasó y entonces nos reímos más, hasta que la conversación se puso un poco más seria.

–¿Y qué piensa hacer?

–No sé.

–¿Que quiere?

–No sé... Encontrar algo de estabilidad. Un trabajo que me permita vivir bien y un sitio propio para no molestarlos ni a usted ni a Mariana.

–Deje de ser huevón que no molesta. Pero ¿qué es vivir bien?

–No sé. Encontrar un trabajo que me dé para comer, para arrendar un apartamento, pagar las cuentas, vivir tranquilo.

–Ajá... ¿Y qué trabajo?

–No sé... En una agencia o algo así, algo estable.

–¿Sí ve?

–¿Qué?

–No le pregunté qué quiere la bruja esa. Le estoy preguntando a usted. ¿Qué quiere usted? ¿Qué le gustaría hacer a usted cada día de su vida? ¿De qué manera no manera no maldecirá cada lunes por la mañana que tenga que levantarse a hacer lo que sea que haya elegido para ocuparse la mayoría del tiempo...

–¡Dibujar! Quiero dibujar –me interrumpió como un ahogado que emerge del agua, como diciendo, ya, ahí está, no me joda más.

–Ah listo. Eso es. Entonces, ahora sí pensemos en qué podría ganarse la vida dibujando y qué tiene que hacer para llegar allá, paso por paso.

Nos fuimos a dormir con otro amanecer en nuestras pupilas y más de cincuenta cigarrillos nuevos alimentando el potencial cáncer de nuestros pulmones, pero con la satisfacción del deber cumplido; así no hubiéramos hecho otra cosa que trasnocharnos y hablar mierda, como de costumbre.

Los días pasaron y Pipe se dedicó a hacer carreras de Uber con el carro que heredó del viejo cuando murió, a lo mejor si lo hubiera sabido, hubiera invertido más en un mejor modelo que en la universidad del pelado. Maravillas del precariado.

Las noches transcurrían entre cenas preparadas por Mariana, conversaciones, botellas de vino y muchos cigarrillos. Pipe y yo nos turnábamos para lavar la loza, mientras Mariana bromeaba diciendo que era una lástima que a ella no le hubiera llegado nadie para ayudarle con su responsabilidad de cocinar, como a mí con la de los trastes. Luego de un par copas y charla, Mariana se iba a dormir y Pipe y yo, nos quedábamos fumando y hablando un par de horas más y luego nos íbamos a dormir también.

Pero una noche fue diferente. Esa velada, luego de que Mariana se fuera a la cama, mi hermano tenía una noticia para romper con nuestra rutina de cigarrillos en el balcón y conversaciones sobre series y películas que ya comenzaban a gastarse.

–Adivine quién volvió a aparecer...

–¿Quién?

–Adivine...

–No sé. ¿Anita?

–No, la otra.

—¿Angélica?

—Angélica.

—¿Y qué le dijo?

—Que quería hacer las paces. Que me extrañaba.

—¿Y usted le creyó?

—Pues me dijo que durante todo este tiempo se metió con un man con maestría, trabajo estable, apartamento propio y hasta tres perros. Apenas para ella. Pero que por más que lo intentó, no logró dejar de buscarme en él.

—¿Y Anita?

—Sí, me dijo que eso la había jodido resto. Pero que estaba dispuesta a perdonarme.

—¿Perdonar qué?

—Sí yo sé... Pero pues ella lo siente así. Cada quién...

—¡Cada quién ni qué hijueputas! Si usted se metió con Anita, fue porque Angélica le terminó, entonces que no venga a joder ahora, dándoselas de la martir.

—Sí yo sé... Cuando estuve con Cami no tenía nada con Ángel. Pero pues ella no lo ve así, a ella eso le dolió resto. Le valió huevo todas las nenitas que me comí por ahí, pero no puede con lo de Ani.

—¿Por qué?

—Pues porque Ani fue mi amiga antes que cualquier otra cosa.

—Y usted está que vuelve con ella, ya lo veo en esos ojitos...

—Es que me gusta mucho.

—El mar está lleno de peces.

—Sí, pero pues con Ángel también me entiendo, ¿si pillas? No es solo el gusto.

—Deje de decirle así que pareciera que estuviera hablando de un man y no de una vieja.

—Ay, yo veré cómo le digo a mi chica, no joda.

—A su chica... ¡Listo todo!

–Es que me trama mucho, manito.

–En serio no entiendo cuál es su obsesión con esa vieja.

–El amarre.

–¿Ah?

–(Risas) Nada, un chiste entre los dos. Ella monta la de bruja y me jode con que me hizo un amarre.

–Ah. Pues hágale, pero tenga cuidado.

–¿Por qué? ¿Cree que en serio me esté haciendo brujería, manito?

–¡No sea huevón! Lo del cuidado se lo digo porque para mí esa vieja solo tiene el ego herido.

–¿Y entonces?

–Pues que creyéndose tan rica como se cree, no ha podido aceptar que usted se haya enamorado de otra vieja y, menos, tan encima de su cuento con ella.

–Y menos linda que ella...

–¡Anita le parece menos rica que ella?

–A Ángel le parece que Ani es menos linda que ella.

–¡Ja! Pobre pendeja. ¿Sí ve lo que le digo?

–Pues no sé...

–Lo único que le digo es que tenga cuidado. Para mí que esa vieja quiere volver con usted solo para volverlo un ocho y cuando esté más tragado y ahuevado por ella, cuando esté en la nube más alta, ¡tenga! Lo va a dejar caer.

–O sea, para usted ella solo quiere volver conmigo para vengarse de mí...

–Tal cual. Se acordará de mí. Y en ese momento no quiero verlo llorando. Se acordará de mí.

–No, igual yo le dije que si volvíamos era para estar bien. Y ella dijo que sí. Que eso era lo que quería.

–Pues sí. Si ya decidió volver con ella, al menos déjele bien claro quién es el hombre. Dígale eso y recálqueselo.

–¿Qué?

–Que si vuelven no es para que le esté echando en cara todo el tiempo lo de Anita, sino para estar bien. Que si va a volver para andar dándole cantaleta todo el tiempo como gotera continua en tiempo de invierno, mejor se vaya para sus tres mierdas.

–Sí, pues en eso quedamos...

–Pues ojalá... Porque ya le digo, para mí que esa peladita lo que quiere es otra cosa. Se acordará de mí. Pero es su vida. Usted verá. Lo que yo le digo es porque me preocupo por usted.

–Yo sé, yo también lo amo mucho manito.

–Bueno, bueno, tampoco. No se me ponga con maricaditas.

Los días pasaron y Pipe encontró un apartamento para él solo, muy cerca del de la Bruja (por supuesto); que, por cierto, había estado por esos días pidiéndole perdón, diciéndole que tan solo se había tratado de un arrebato de ira, insistiéndole que volviera a vivir con ella. Sin embargo, para sorpresa de todos, incluyéndome, Pipe supo resistir y se mantuvo firme, sabiendo que necesitaba salir de esa negra y apestosa ala para poder intentar volar al fin. Aunque siguiera yendo cada tarde a almorzar con mamá y a lavar su ropa en casa de ella.

También, seguía viniendo cada jueves a tomar cerveza o vino con Mariana y conmigo por las noches hasta que mi esposa se iba a dormir y aprovechábamos para ponernos al corriente en cuanto a series, pelis y mujeres.

Así me enteré de que Lore, nuestra hermana menor, le había pedido cambiar de cuartos en casa de la Bruja ya que él no estaba viviendo allí. A lo cual él accedió sin ningún problema, por supuesto.

Con lo que no contó, el bueno de Pipe, fue con que para dicha empresa, a Lore no se le ocurrió mejor idea que llamar a su amiga Angélica, que también vive por esa zona, para que le ayudara con la mudanza de los cuartos.

Cuando Pipe iba en este punto de la historia, yo ya empezaba a torcer los ojos hacia arriba, mientras él seguía contándome lo que había pasado.

En efecto, Angélica, “casualmente” tropezó con una cajita en la que Pipe guarda todos los recuerdos que considera importantes o con algún significado para él. Los humanos conservamos tan solo aquello que, por muerto que esté, aún permanece vivo para nosotros de una u otra forma en nuestro interior.

Al menos, esto fue lo que debió intuir Angélica cuando halló una foto de Anita junto a otra de ella, almacenadas dentro de la misma caja.

–¿Tanto significa ella para ti como para guardar su foto junto con la mía en tu cofre de “tesoros”?



–Ay por Dios, Angélica, esa foto me la dio Ani en la universidad, cuando éramos tan solo amigos y tú ni siquiera existías en mi vida.

–Ah no, listo... Ya entiendo... Primero fue lunes que martes, ¿es eso, verdad? ¿Y cómo así que cuando tan solo ERAN amigos? ¿Es que acaso ahora son algo más o qué?

–Pues ahora no somos ni amigos, porque desde que volví contigo no he vuelto ni a hablar con ella siquiera, por lo que acordamos.

–Y la extrañas mucho ¿verdad? Tranquilo, si quieres bien puedes... ¡Lárgate con tu perra!

–¿Qué te pasa? ¿No habíamos quedado en que si volvíamos era para estar bien?

–¡Sí y también quedamos en que tú te ibas a alejar de esa maldita perra!

–¿Tú te escuchas? ¿Te ves?

–Ni te atrevas...

–¿Te das cuenta de que tienes una creatividad increíble para buscar problemas donde no los hay en nuestra relación?

–Ah no es que para ti todo es una bobada.

–¿Acaso me vi con ella? ¿Hablé con ella? ¡Es mi pasado y no lo puedo borrar! Eso te pasa por hurgar donde no debes.

–¡Simplemente estaba ayudándole a tu hermana con un favor que me pidió!

–Tan comedida... Y coincidentalmente, la caja se abrió de repente ante tus ojitos ¿verdad? Además, ese ni siquiera es el punto.

–¿Ah no? ¿Cuál es el punto entonces según tú?

–El punto es que estás...

–Ya te advertí que ni se te ocurra.

–¿Pero a quién putas se le ocurre armar semejante berrinche por una foto de hace mil años que estaba guardada en una habitación en la que ya ni siquiera vivo?

*A una pinche loca*, le dije a Pipe sin chistar cuando me contó lo acontecido. Me pidió que no la llamara así, que ella tenía un raye serio frente a eso, que tampoco era para tanto, que seguro así como ella le aguantaba a él su gusto por las drogas, ahora a él le correspondía también soportarle de vez en cuando sus arranques de ira...

–¿Cómo a la Bruja?

–Ya deje de llamarla así.

–Solo llamo las cosas por su nombre ¿Acaso las brujas no se convierten en pájaros grandes y negros?

–Si sigue ofendiéndolas mejor me...

–Ay ya, venga. Siéntese. Yo solo quiero lo mejor para usted. ¿Qué piensa hacer, entonces?

–Pues no sé...

–Raro.

–Ay, si me va a ofender, mejor ya no hablamos más, manito.

–Mire, lo que usted tiene que hacer es dejarle bien claro que ella está con un hombre.

–¿Cómo?

–Edúquela.

–¿Qué?

–Lo que oye. Acuérdesse que ellas son como un perrito. Buenas acciones, galleta. Malas acciones, periódico en el hocico.

–(Risas) No creo...

–(Risas) Yo sé que es chistoso, pero créalas que así es.

–Tal vez en otra época, pero ahora...

–Ay mire hermanito, ese cuentico generacional de ustedes puede que sea verdad en una, dos o hasta tres personas, pero en el resto de la gran mayoría es pura y física mierda. Pura pose. Su Ángel es más machista que usted y yo juntos.

–Yo no soy...

–Ay sí, sí, lo que lo deje dormir mejor por las noches. Pero ella lo que necesita es ver un hombre a su lado. Muchas veces ellas buscan estos problemitas maricas para que uno les deje ver que están con un varón al lado. Para medirle el aceite a uno y que uno les demuestre que están con un hombre y no con un niñito marica ni un pelele que se deja mangonear o tocar las pelotas. Créame, yo sé lo que

digo. Es como el experimento de los chimpancés con la banana y el chorro de agua del que le hablé la vez pasada.

–¿Límites?

–Jálele las riendas. Ella tiene saber hasta dónde puede y no puede llegar con usted. Párese duro, y dígale, no mamita aquí no me venís a chibiar. Te equivocaste. Primero ni te metés a esculcar en mis cosas, ni me vas tocar los cojones por algo que ni siquiera he hecho. Si algún día me vuelvo a ver con Anita, o hablar con ella, o a coquetear por redes, como usted, por cierto, se la pasa haciendo dándose *likes* con sus ex, pues listo. Ese día hablamos a ver cuál es la maricada, mientras tanto no me venga a joder. Y dígame si va a respetar lo que acordamos para volver y si no, pues mejor dejemos así, pues ni yo estoy para amargarle la vida a nadie ni quiero que nadie venga a amargarme la vida a mí.

–¿Y si me dice que sí?

–¿Que sí, qué?

–Pues que se va... Que mejor dejemos así.

–¡Pues suerte! Que se vaya pa' su mierda.

–Pero...

–¿Pero qué!

–¿Pero y si no quiero que se vaya pa' su mierda? –agacha la mirada.

–Ah no papito ahí sí estamos jodidos. Si va a hacer lo que le digo, tiene que estar dispuesto cumplir lo que promete, si no se vuelve como ellas... Pura amenaza, pataletas y nada más, puro berrinche. Demostrarle a ella que está con un hombre, es estar dispuesto a cumplir su palabra hasta sus últimas consecuencias. Veame a mí con Mariana, por ejemplo, con todo lo que la amo y todo, pero ella sabe muy bien que si algún día se mete con lo que no debe, soy capaz de dejarla como quien tira unos zapatos que ya no sirven. Que Angélica sepa que no está hablando por hablar. Si no, después me lo coge de cocheche. Un hombre es su palabra.

–Un hombre es su palabra.

–Un hombre es su palabra.

–Venga, pero hay algo que no estamos considerando.

–¿Qué... –pregunté suspirando, luego de haber creído por un segundo que por fin había entendido.

–Que alguna vez hablando con ella le pregunté cuál era su mejor sexo y ella me dijo que el de reconciliación.

–¿Y...

–Pues que a lo mejor si se inventa tanto problema es porque le encanta tirar bien rico conmigo. –me dijo con una gran sonrisa en su rostro con los ojos bien abiertos como si hubiera acabado de hallar una gran epifanía.

–Ay no Felipe. Con usted, definitivamente es que no hay caso ¿no? Usted sí es que se las pisa y pregunta de quién son ¿no?

–Bueno, está bien. Era un chistecito. Me voy alejar por un tiempo y ya, que mis actos, sean mi palabra. El chorrillo de agua.

–Me parece muy bien esa resignificación. *Las palabras son peces de aire que solo adquieren vida en el profundo océano de nuestros actos.*

–Uy ¿de quién es esa?

–Ay papá me extraña... ¿De quién va a ser?

Así fue como Angélica comenzó a escribirme casi a diario. Buscaba cualquier pretexto para preguntarme por Pipe. Que si había venido por mi casa, que si sabía algo de él, que estaba muy perdido, que ya estaba empezando a preocuparse, etc.

Incluso una vez me llegué a preguntar si... Pero no, era una locura.

Para ser honesto, me sorprendió bastante que mi hermano hubiera cumplido con su palabra y he de admitir que también me alegró un poco corroborar que no me equivoqué al aconsejarlo, pues ahora que lo sentía perdido, más que nunca, Angélica parecía estar loca por él.

Tanto, que hoy por la tarde cuando volví de ver una representación experimental de Hamlet que ofrecían en el centro y en la cual me hubiera encantado que Pipe estuviera para que al fin entendiera lo que siempre trato de explicarle sobre su problema, encontré a Angélica acurrucada en la puerta de mi casa hecha un mar de llanto.

Al inicio me sorprendió bastante hallarla ahí, tirada como un saco de nada. Con la cabeza entre las piernas y creando un charco de lágrimas en el piso, recargada contra la puerta de mi apartamento. Era muy raro. ¿Mariana o Pipe la habrían invitado? ¿Se encontraba alguno de ellos adentro?

La ayudé a incorporarse y le ofrecí entrar por una taza de té. Comprobé que ni mi esposa, ni mi hermano estaban allí. Estábamos solos. ¿A qué hora volvería Mariana? ¿Qué iba a pensar si me encontraba solo con Angélica en ese momento y sin Pipe? Especialmente, después de lo de...

Me contó que tras hacer lo mismo en la casa de Pipe la tarde anterior, lo vio entrar solo a su apartamento, luego de que pasara por su lado, sin pronunciar palabra

alguna, como si se tratara de una mota de polvo, para luego salir unos segundos después, mirarla a los ojos y poner en sus manos la foto de Anita sin decir ni mu y volver a cerrarle la puerta en la cara repleta de frío.

Por supuesto no dije nada, pero qué orgulloso me sentí de mi hermanito en ese momento, mientras la abrazaba para consolarla. Hasta que sin esperarlo, comencé a sentir su mano en mi entrepierna moviéndose para arriba y para abajo de forma oscilante. ¿Qué estaba pasando? ¿En serio estaba pasando lo que creía que estaba pasando? ¿Estaba seguro de que no había nadie más en el apartamento? Recordé que al entrar tuve que abrir la cerradura de arriba y eso me hizo suponer que estábamos solos, además que, al entrar, saludé y nadie respondió. Aun así, no me tomé la molestia de verificarlo. Si me agarran de subida...

Fue así como terminé con este dildo entre mis manos que ahora meto y saco con violencia de la empapada vagina de mi cuñada, intentando fijarme en lo gorda que es en comparación con el estilizado cuerpo de Mariana para no venirme tan pronto. No puedo quedar mal ante la mujer de mi hermano. Me aprieto los testículos con toda mi fuerza y sigo penetrando con el aparato a Angélica, quien no para de gemir ni de llorar. En serio, está loca. Pero no me importa. Está deliciosa. Esa piel, esas tetas, esa carne. De hecho, ahora que lo pienso, no está gorda en absoluto, lo que tiene es de donde agarrar. No como la escuálida de Mariana. Mariana... Jueputa, ojalá se demore en... ¡Qué rico! ¡Cómo se moja esta mujer! ¿Será... ¡Squird! Sí, sí ¡Qué delicia! Estamos en el sofá de mi sala en el que tantas veces se quedó Pipe. La puerta del apartamento se abre.

–Mira a quién me encontré en la...

Mariana y Pipe se quedan mirándonos con la boca abierta desde la puerta. En mis cavilaciones sobre Hamlet camino a casa y lo mucho que me hubiera gustado verla con Pipe, olvidé por completo que era jueves, mucho más después con la sorpresa de Angélica esperándome en mi puerta, donde ahora nos miran fijamente mi esposa y mi hermano, completamente desnudos y sin saber qué decir.

Mierda, no creo que me Mariana me vuelva perdonar. No después desde lo de... Ah, a la mierda. Eso es lo que hay. Que no me mire así. ¿No quería un hombre? Pues yo soy un hombre. Y así somos los hombres. Estoy seguro de que eso es lo que le gusta de mí. Ay no, no te vayas a poner a llorar. Jueputa, Pipe parece en shock. Él no, me vale verga Mariana, pero Pipe, no. ¿Podría vivir sin Mariana? ¿Alguna vez alguien me amará como ella? ¿Alguna vez he amado a alguien como a ella? ¿He amado? ¿Qué voy a hacer sin ella?

Bueno, ¿qué esperaban? Al fin de cuentas soy un hombre y ella puso su mano en mi pene. Angélica se incorpora y deja de llorar como por arte de magia, como si alguien hubiera cerrado un grifo al respaldo de sus ojos, me mira fijamente y me pregunta: *¿esto cuenta como una reconciliación, cuñadito, ya no me odias?*. Toma su ropa y sin vestirse camina hacia la puerta mirando a Pipe directo a los ojos y sin decir palabra alguna pone el dildo empapado entre las manos frías de Pipe con la foto de Anita estampada en el mango, pegada con sus jugos en el cuerpo del falo plástico. Foto que, claramente, nunca vi cuando la sacó de su bolsillo por andar viendo las caras de pasmo de Pipe y Mariana.

Además, aún seguía obnubilado viéndole el culo a la muy zorra, mientras caminaba hacia ellos.

Sin embargo, y a pesar de todo me encanta comprobar que yo tenía razón desde el inicio. Sin duda Pipe, se acordará de mis palabras. Experiencias como esta, forjan el carácter. Y ¿quién sabe? A lo mejor hasta deje de ser Hamlet. Espero que me vuelva a hablar pronto. Y reconozca que fue lo mejor para él. Lástima que ahora tenga que verlo llorar.

\*\*\*

## Donde habita el otro

*Por: Pablo Enrique Triana Ballesteros*

Hoy me detuve a contemplar un zancudo jugueteando entre el corral de las gallinas. Ninguna intentó picotearlo. Pareció que a ninguna le estorbó su zumbido. Fue un cuadro que detuvo mi marcha. Era muy insignificante como para que alguien lo notara. Sin embargo —no sé por qué— lo noté. Entonces lo sentí. Caminamos entre los culetazos de sus fusiles. Ni siquiera nos miran cuando nos escupen. Nos obligan a andar una vez a la semana para que los músculos no se nos atrofien y así podamos seguir lustrando sus botas, limpiando sus letrinas, y picando sus piedras; pero sobre todo, para no tener que tocarnos si nos enfermamos.

Se aseguró de que la culata me pegara justo debajo del omoplato y no en la cabeza donde podía sangrar e infectarse. Ha de ser difícil atinar sin mirar. Nunca nos pegan con sus manos. Una vez uno de ellos se descontroló y golpeó a uno de nosotros en el rostro con su puño desnudo. Salió corriendo con expresión desencajada y la boca abierta, sin quitar sus ojos emblanquecidos de su mano, rumbo a la enfermería para remojarla en alcohol.

No sé si realmente transmitimos algo como se la pasan diciendo. Hasta donde yo sé, no. Pero pareciera. Incluso yo estoy por dudarlo. El precio de cruzar la frontera. Pensaba que había sido solo eso, pero, al parecer, ellos piensan diferente. Solo quería trabajar. Un hombre tiene que vivir.

Dicen que les quitamos sus trabajos, sus oportunidades, —parásitos— nos llaman, pero en realidad nunca vi a alguno de ellos podando un jardín o recolectando fruta. Bueno, supongo que si tienes tu casa en orden, temes que otros lleguen a ensuciarla.

Las fuerzas no me dan. Ya no puedo caminar bien, ojalá no lo noten. Ya sabes lo que hacen con quienes dejan de servir. Nada se desperdicia. Dicen que la grasa humana es la mejor para hacer jabón. Creo que lo aprendieron en uno de sus libros más célebres. Es curioso, para eso sí somos humanos.

Carajo, mis piernas no responden, conocen el camino, pero no llegan a él. Últimamente no he comido bien. Pero simplemente no he logrado hacerlo por estos días. Supongo que en parte por eso estamos aquí, también. Nunca logramos comer como ellos. Seguíamos extrañando lo nuestro. Tal vez si...

Además, me cuesta buscar vísceras de pollo entre el lodo. Recientemente ha llovido mucho. Si al menos nos dieran la comida en recipientes como a sus cerdos... A nosotros nos la arrojan.

Pero qué se le va a hacer. Supongo que así son las cosas. Si la vida tan solo fuera como debería ser y no como es. A lo mejor hubiera podido seguir dando clases allá y no haber venido acá a aprender algo que nunca supe hacer en realidad. Tal vez ellos tengan razón. Quizás por eso nunca lo logramos allá. Puede ser verdad... Los verdaderos humanos lograron florecer como civilizaciones en algún punto de su historia dentro de sus contextos locales ¿o no? Ya no sé, no tengo fuerzas para pensar.

¿Somos así? O ¿simplemente así nos ven? ¿Dónde está el otro? El otro no tiene derechos. El otro solo está para satisfacer el apetito. Yo soy el otro.

Caigo al suelo de rodillas. Ya no puedo más. Nadie me mira. Los demás están igual como para mirarme. Bastante tienen ya con mantener su marcha. O a lo mejor sí seamos los monstruos que despiertan el asco en sus miradas con justa causa. Con las rodillas y las palmas apoyadas en el poco césped que han dejado, huelo la tierra mojada, el petricor y un olor a casa me sobrecoge. Permanezco ahí un segundo sintiendo la lluvia resbalando por mi rostro antes de que la patada en mi costado me haga volver.

—Si ya no puede caminar, díganos. Seguro sabremos sacarle algún provecho —me dice con risa, en su idioma, el hombre en la bota que me anima a seguir. Se llenan con nosotros. Nuestra disolución los alimenta.

—Disculpe. Ya sigo —me levanto. No sé cómo.

Debe haber algo muy mal conmigo. Hasta me alegro de que me haya tocado con su pie. Que me haya hablado. Tal vez sí seamos solo esa nada que dicen. Ya no sé. Seguro si fuera al revés, ellos sí conservarían algo en sus venas.

La niebla nos envuelve. Estoy muy lejos de casa. Incluso de la frontera que crucé. El frío duele casi tanto como el dolor. Creo que hasta aquí llegué. Estamos volviendo. Ya veo las cercas. Los de la cabecera ya están entrando, pero mis ojos se desvían hacia las chimeneas que antes evitaba mirar. Ya no se ven tan mal. Entonces lo oigo...

El ladrido más alegre que haya oído jamás. Solo él se alegra de vernos. Solo él nos reconoce como humanos mientras juguetea batiendo su cola entre nuestros pasos. Solo él hace que sintamos que hemos vuelto a casa. Dejo de ver las chimeneas y me concentro en él.

Ya dentro de la cerca me recargo contra el alambre de púas y me arranco la luna amarilla del pecho —el único color en mi overol de rayas— y se la doy para que juegue con ella en su hocico mientras lo acaricio. Seguro tendré problemas por esto. No me importa.

Entre tanto, veo cómo uno de ellos entra al corral, toma a una de las gallinas y en medio de risas con sus colegas, sin parpadear, le rompe el cuello para su cena. Creo que, si alguna vez salgo de acá, lo tendré claro... Ya no me gusta el pollo.

\*\*\*

## La mosca

El zumbido revolotea como un taladro en mi cabeza. Roza mis oídos como una bala perdida en medio de la noche. Y aunque mis ojos ya no ven el sol, en realidad nunca se cierran, mis párpados nunca se extienden. El dolor es una maldita mosca que nunca descansa. Por más que lo intento nunca logro atraparla. Me paro en medio de la madrugada a cazarla, pero nunca la alcanzo. Siempre delante de mí, siempre por encima mío, acechante, vigilante. Menos mal Gustavito ya no está vivo, la vida puede resultar algo insoportable.





## Bibliografía

Bachelard, G. (2017). *El aire y los sueños: ensayo sobre la imaginación del movimiento*. México: F.C.E.

Berger, P. y Luckmann, T. (2012). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Borges, J. L., Mihailescu, C. A., Navarro, J., & Gimferrer, P. (2001). *Arte poética: seis conferencias*. Barcelona: Crítica.